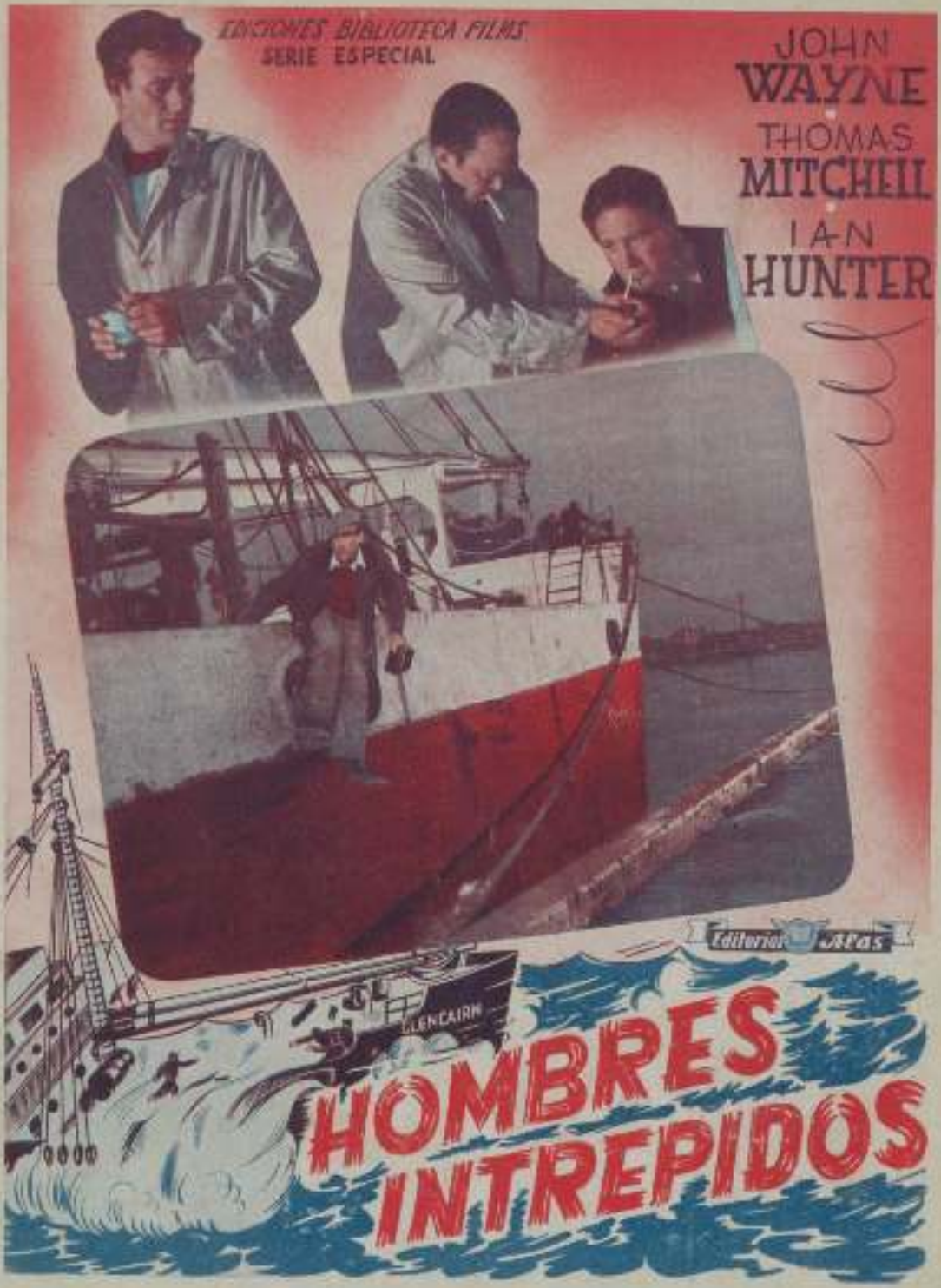
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ESPECIAL

JOHN WAYNE
THOMAS MITCHELL
IAN HUNTER



Editorial Atlas

HOMBRES INTREPIDOS

HOMBRES INTREPIDOS

Reservados los derechos de
reproducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 71677
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Berbard, 14, Barcelona - Torrejón, 4, Madrid

EDITORIAL "ALAS"

AÑO XX — SERIE NUEVA — NUM. 949
NUM. 100

HOMBRES INTREPIDOS

Cuando los tripulantes del «Glencairn», marineros rudos y valerosos, después de zarpar de un puerto de las Antillas, se enteran de que el barco ha de cargar municiones para Inglaterra, sospechan que jamás acabarán aquel viaje. Luchan con los elementos, descubren a un espía a bordo, se defienden de un ataque aéreo y llegan, finalmente, al punto de destino, siempre humanos, alegres y dispuestos al sacrificio y a regresar al implacable mar que rige sus existencias.

EXCLUSIVAS FLORALVA

MADRID
Avda. José Antonio, 65, 2.º

BARCELONA
Calle Mallorca, 284, pral.

PRINCIPALES INTERPRETES

Olsen	John Wayne
Driscoll	Thomas Mitchell
Smitty	Jan Hunter
Cocky	Barry Fitzgerald
Freda	Mildred Natwick
Bella	Rafaela Ottiano

Director:

JHON FORD

Narración literaria por

JUAN PLANAS

HOMBRES INTREPIDOS

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

LOS TRIPULANTES DEL «GLENCAIRN»

CON sus odios y sus luchas, los hombres cambian la faz de la tierra, pero no pueden cambiar el mar. Aquellos que viven en el mar no varían nunca, porque habitan en un mundo aparte, aislado, cuando pasan de un buque a otro, formando así las líneas vitales de las naciones.

* * *

Desde la costa de la ciudad, en que estaba anclado el «Glencairn», llegaban los rumores de una música, despertando el ansia de los marinos de trasladarse a tierra, donde lograrían el olvido de sus pasadas fatigas. Pero, por la razón que más adelante se conocerá, los marineros, unos contemplando la cerca playa desde la borda, otros tumbados perezosamente sobre la cubierta y contemplando el estrellado cielo, tenían que contentarse con oír el rumor de la canción y con maldecir en voz baja su desgraciado destino.

El único sonido que interrumpía el rumor de las olas, era la voz gangosa de un locutor de radio que leía las últimas noticias de la guerra. Hasta el curioso Cocky, siempre ávido de saber algo más que sus compañeros, se apartó aburrido del camarote del capitán y se dirigió silencioso hacia sus enervados compañeros.

De repente dos hombres surgieron de la cabina de mando, que quedó intermitentemente iluminada por un mensaje Morse. Uno de ellos apuntó el mensaje, mientras que el

otro contestaba con una linterna a las preguntas hechas desde tierra. Concluídas las señales, el primer oficial, que era quien había apuntado la silenciosa conversación, bajó del puente de mando y cruzó la cubierta en dirección del camarote del primero de a bordo.

Este acababa de cerrar el aparato de radio y se sentaba a su mesa, cuando el primer oficial dijo desde el umbral:

—Capitán...

—Sí, adelante—contestó éste.

Cocky, que había advertido la maniobra y también la expresión severa de sus jefes, tras escuchar un momento, corrió hacia el castillo de popa... Poco después todos los marineros entraban atropelladamente en sus camarotes, apartando sin contemplaciones a aquel de sus compañeros que entorpecía su paso. Indudablemente, debía de ocurrir algo muy grave que justificase su apresuramiento.

No obstante, dos marineros no habían seguido el ejemplo de sus camaradas y permanecían en cubierta fumando apaciblemente. El capitán y el primer oficial se dirigieron a ellos; el capitán llevaba una linterna con la que alumbró el rostro de uno de ellos, afeitado, de expresión filosófica y provisto de gafas.

—¿Bajó alguien a tierra, Donkeyman?—preguntó el capitán.

—Yo no he visto a nadie, señor —dijo el aludido poniéndose en pie.

—¿Smitty?—tornó a preguntar el capitán, volviéndose hacia el otro marinero.

—Sí, señor — repuso éste cuadrándose.

—Bien, éstos no han sido—afirmó el capitán— Anótelos en su lista.

Así lo hizo el oficial, que avanzó en compañía de su jefe hacia el dormitorio de los marineros que halló más a mano. La habitación estaba a obscuras y se oía la pesada respiración de los hombres. Pero no dormían, como pronto averiguó el capitán, pues al intentar encender la luz sin éxito, una voz surgida de una de las literas, le advirtió:

—Esa lámpara no funciona nunca.

—¿Quién de vosotros subió a bordo al apagarse la luz? — exclamó malhumorado el capitán.

Silencio. Lo de siempre. Los hombres eran muy leales en lo que se refería a la obediencia, pero jamás se delataban entre sí, a pesar de todos los castigos que se pudieran imponer en un buque mercante a los remisos en contestar a las preguntas de su jefe.

—Vamos, oficial, compruebe los que hay aquí.

El oficial pasó lista y fué señalando los nombres de los que le respondían, tarea no fácil, ya que los marineros simulaban estar profundamente dormidos y era necesario sacudirlos y soportar sus frases rudas y sus muecas de sorpresa.

Cocky, dominado por su curiosidad característica, se había sentado en el borde de su litera, sin percatarse de que estaba completamente vestido, cosa que chocó al capitán cuando el oficial pronunció su nombre.

—¿Qué haces tú aquí?

—Voy a preparar la comida—contestó Cocky sin vacilar.

—Tienes ya los zapatos puestos, ¿eh?

—Sí, señor, me iba a levantar.

—Anótelo también.

—Gracias, señor—exclamó Cocky bajando de un salto de la litera.

No obstante, en vez de desaparecer, se quedó observando la escena desde el umbral del camarote. El capitán destapó a Yank; éste estaba vestido. La belicosa mirada de Yank se clavó sin pestañear en los ojos del primero de a bordo.

—¿Duermes siempre vestido?

—Tengo derecho a ello—repuso secamente Yank.

Sus compañeros se rieron y un marinero exclamó:

—Este es de los míos.

También estaba vestido. En realidad, el capitán se había percatado de que los hombres estaban bien despiertos... Le ocultaban algo. Lo sabía.

Mientras continuaba la búsqueda, un bote se acercaba silencioso a la cadena del ancla. Su ocupante saltó hacia ésta y la alcanzó, después de hundirse un momento en el mar. Con gran agilidad trepó por los gruesos eslabones y pisó cubierta...

En el castillo de popa, antes de pasar a otro camarote del mismo, pues ya habían pasado lista a todos los marineros de aquél, el capitán inquirió:

—¿Quién falta?

—Driscoll, señor—informó el oficial.

—Debía estar aquí. ¿Dónde está, Axel?—dijo el capitán.

Al oír la pregunta hubo un imperceptible movimiento de inquietud. Axel era un hombrecillo, casi tan pequeño como Cocky. Parpadeó un momento y luego replicó sin vacilar:

—¿Driscoll?... Estaba aquí cuando yo entré, señor. Supongo que habrá ido a dormir sobre cubierta. Voy a buscarle y le diré que usted le llama, ¿eh?

Pero el capitán atajó su movimiento con sequedad.

—¡Quieto ahí!

Hubo una pausa. Todas las caras apuntaban hacia el capitán, que dijo al hombre más próximo a él:

—Reynolds, alguno de los nuestros ha estado en tierra formando escándalo. La gente tuvo que llamar a la policía que intentó detener al marinero en cuestión... Creo que habrá sido Driscoll.

—¿Yo, señor?... ¿Me llamaba usted, señor?

El capitán giró sobre sus talones y miró hacia la puerta, movimiento que fué seguido de un suspiro de alivio de todos los marineros. En el umbral había un irlandés de pura cepa: rostro de expresión belicosa, ojos vivos y aspecto de energía. Era bajo, pero terriblemente fornido. En realidad era el más fuerte de la tripulación, salvo Olsen, y también el más atrevido.

El capitán no intentó disimular su sorpresa; pero notó que Driscoll jadeaba como si hubiese corrido. Sospechoso.

—¿Dónde estabas?

Driscoll contestó pausadamente, con aire de ingenuidad:

—Echando un sueñecillo arriba, a proa, señor. Hace una noche hermosa, la primera desde hace varias semanas... Se está bien sobre cubierta, señor, y luego, cuando sale el sol... Yo estaba soñando.

La lírica réplica de Driscoll no enterneció al capitán.

—Eso no nos importa. A ver esas manos.

Mientras el capitán proyectaba la luz de la linterna sobre Driscoll y el oficial iba a examinar sus manos, en las que forzosamente debía haber alguna muestra de lucha, si el marinero era el culpable, Driscoll le mostró la izquierda. Pero el capitán se impacientó. Ningún hombre, a menos que sea un boxeador experto, suele emplear su izquierda para un golpe definitivo.

—La otra. ¡Por el dorso, hombre! —gritó al ver que Driscoll le enseñaba la palma de la mano derecha— Derribaron en tierra a un policía con la mandíbula rota.

Driscoll enarcó mucho las cejas y se encogió de hombros inocentemente, indicando que él no había sido.

—No hay señal de golpe, señor —anunció el oficial.

—Bien, me alegro que por esta vez no sea de los nuestros.

Tras estas palabras, el capitán fué a otro camarote donde prosiguió sus pesquisas.

En cuanto hubo salido su patrón, Cocky cerró de golpe la puerta y todos los marineros rodearon a Driscoll. Uno de ellos, más perspicaz, y sabedor de que Driscoll era zurdo, se

fijó en que su amigo tenía dislocado un dedo de la mano izquierda.

—Ven acá, Driscoll—ordenóle.

En tanto que su compañero manipulaba en el dedo accidentado, cuya posición estudió, Driscoll explicó lo sucedido:

—Sí, fué mala suerte... Yo procuré no pelear con nadie, pero cuando ya iba a volver, se pusieron pesados dos policías, y me pidieron mis papeles... «Hay guerra, me dijeron, y usted no es neutral...» No me querían soltar.

Sus ojos relampaguearon peligrosamente. El marinero que atendía a su dedo dislocado dió un fuerte tirón y sacudida a la mano de Driscoll, que sirvió para colocar el hueso en su coyuntura. Driscoll exhaló una débil exclamación de dolor y después como si no hubiera pasado nada, continuó diciendo:

—Y no pude ser neutral. Uno de ellos era...

El aspecto físico del guardia les tenía sin cuidado. Estaban sobre ascuas. La cuestión era que su camarada hubiera salido con bien de la aventura; el medio era lo de menos.

—¿Has visto a las chicas?

—Aquí estarán todas dentro de unos instantes con cestos repletos de comida.

Sus caras se animaron. Pero aun faltaba lo mejor. Y Norway preguntó:

—¿Y qué nos dices del whisky?

—¡Cientos de botellas!... Traerán una botella o dos como ésta para cada uno de vosotros.

Sacó del bolsillo posterior de su pantalón una botella plana de medio litro y aplicó sus labios al gollete. Davis se la arrebató sin muchas contemplaciones. Driscoll no protestó, porque los marineros le acosaban a preguntas.

—¡Hum!... ¿Y si acabas emborrachándote?

Driscoll hizo un movimiento violento, pero se contuvo.

—¿Quién?... Calla. Ahora llegarán las chicas.

Escucharon. Driscoll tenía razón. El sonido de unas voces se aproximaba al barco. Todos corrieron hacia la puerta. Driscoll arrancó la botella a Davis. Estaba vacía. Le lanzó una aviesa mirada, pero nuevamente se dominó diciendo:

—Espero que lo hayas encontrado bueno.

—Sí—dijo con sencillez Davis.

FIESTA A BORDO

LAS mujeres anunciadas por Driscoll llegaron en una lancha. Sus canciones y gritos atrajeron a los marineros a la borda. Se cambiaron palabras de salutación.

El capitán estaba sentado a su mesa, leyendo unos papeles, cuando el primer oficial entró y se cuadró ante él diciendo:

—Junto al barco hay algunas vendedoras que quieren subir, señor.

—Bien, que suban—respondió el capitán sin levantar los ojos de los papeles.

—¿Cómo dice?—se sorprendió el primer oficial.

Aquello estaba en contradicción con las costumbres austeras del «Glencairn». El capitán advirtió el asombro del oficial y le miró repitiendo:

—Digo que suban.

—Sí, señor—contestó el oficial, disponiéndose a salir.

—Supongo que pensará usted que esto es relajar la disciplina.

El oficial se paró un momento y se encogió de hombros.

—No, señor. No es asunto mío... —replicó.

Pero era indudable que reprochaba la decisión del capitán. Pronto la cubierta sería un infierno. El capitán le dió una explicación de su inusitada condescendencia:

—Sabrá usted que zarpamos mañana.

—Sí, señor; y que vamos a los

Estados Unidos a tomar carga ya preparada.

—¿Sabe usted qué clase de carga?—preguntó el capitán.

—No, señor.

—Municiones, oficial.

—Sí, señor.

La noticia le había producido el efecto que es de imaginar. De guerra y con municiones almacenadas en el barco: era correr hacia la muerte.

El oficial, de muy mal humor, dirigió el recibimiento de las mujeres, que llevaban unos cestos con comida y flores. Cuando intentaban esparcirse por la cubierta, acompañadas por entusiasmados marineros, el oficial lo impedía de mal talante. Una vez todas las visitantes estuvieron en el navío, el oficial llamó a Driscoll, que se cuadró ante él.

—Driscoll, te haces cargo de ellas... ¡Y no quiero niñas!

—No.

Pero a pesar de su negativa, en cuanto el oficial hubo desaparecido, Driscoll exclamó amenazador:

—¿Oístéis lo que dijo?

Luego se precipitó sobre un marinero que buscaba en el cesto de una de las vendedoras y lo apartó de un tirón ordenando:

—¡Quita de ahí!... ¡Robando a tus amigos!—y luego agregó—: Silencio... Lo mejor es que os vengáis abajo; allí nos divertiremos y no se oirá el ruido. Venga, dejad eso...

Los marineros se aparejaron y poco después estaban bebiendo y comiendo en la parte de popa. Una de las mujeres se escapó de las manos de Davis y se acercó a Donkeyman y Smitty, que no participaban en la diversión. Dirigiéndose al apuesto Smitty, le saludó:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches — contestó Smitty.

—¿Me compra algo?—preguntó la mujer, insinuante.

—¿Tienes algo de beber?—inquirió Smitty, sin fijarse en su mirada insinuante.

—Seguro que sí.

La vendedora sacó del fondo de la cesta una botella de whisky. Smitty pagó su importe. Sus manos temblaban tanto, que no lograba destapar la botella.

—Dame—dijo Donkeyman.

Hábilmente descorchó la botella y se la entregó a Smitty. Este, sin hacer caso a la mujer, bebió un largo trago. Davis llegó en busca de su pareja y se la llevó a cuestas, despreciando sus gritos de protesta.

En popa la algazara había llegado al colmo. Axel estaba sentado en el techo de una cabina con Olsen, que se mordía los labios. Axel no le de-

jaba probar el licor y tenía que contentarse con observar de mala gana la escena.

Cuando Smitty hubo bebido un segundo trago y escuchado las risotadas de su compañero, se sentó en un cubo puesto boca abajo e invitó a Donkeyman:

—¿Quieres beber?

—No me agrada beber a estas horas. Eso está bien para vosotros, los jóvenes—contestóle Donkeyman—. ¿Qué es lo que te preocupa, Smitty? ¿Te pone nervioso eso que cantan en tierra?

—Si no supiese que estamos en las Antillas, diría que hemos anclado en la Isla de los Muertos. Esas canciones parecen lamentos.

—Hace seis años que las oigo —explicó Donkeyman—. Permanecen cantando toda la noche. Al principio de venir, también me molestaban. Ahora ya no... ¿Oyes esa canción? Esas voces me dan ganas de dormir.

—¿Dormir? — repitió Smitty—. Ya llevo mucho rato escuchando y me parece que no me dormiré nunca.

Bebió más licor, con gesto de rabia. Donkeyman chupó reflexivamente su pipa y se decidió a averiguar:

—¿Qué te atormenta, Smitty?

Este le dió la espalda y se apoyó en la borda, desde donde dijo:

—Antiguos recuerdos, Donkeyman.

—Lo mejor que se puede hacer con los recuerdos es olvidarlos.

Smitty se volvió hacia él irritado.

—Pero ¿y cuando no se puede olvidarlos?

—Entonces se emborracha uno; es lo corriente — le dijo Donkeyman—. Sea lo que sea, a medida que te vas haciendo viejo, va pasando todo, por complicadas que sean las cosas.

Los marineros corrían por cubierta, entrando y saliendo del interior del barco, persiguiendo a las mujeres o siendo perseguidos a su vez. Sus voces y risas llegaban a los conversadores, impulsadas por la brisa. Smitty bebió un largo trago. Donkeyman le contempló; aquel hombre era un enigma.

—Buen trago es ése, Smitty — aprobó—. Tus recuerdos van a naufragar... —hizo una pausa y agregó—. Cada vez que llegamos a tierra vuelvo a ver esa expresión en tu rostro. Cuando un hombre se va al mar lo que debe hacer es olvidar por completo la tierra... y sus cosas. No volver jamás a ella.

—Me parece que Olsen no piensa lo mismo que tú. Se quedará en tierra al terminar este viaje.

Donkeyman lanzó una bocanada de humo y dijo lentamente:

—Olsen nunca olvida su casa. Ya le he visto tres veces intentar irse, despidiéndose de todos, y luego... otra vez ha vuelto a la hora de zarpar...

—Sí, me parece que tienes razón —murmuró Smitty.

—Es igual que todos nosotros. Si hay algo en tierra para mí, el barco es mi casa. ¿Tú quieres realmente volver a tu casa?

—No tengo ganas de preguntas, Donkeyman — contestó con rudeza Smitty.

Se levantó del cubo y se quedó pensativo. Donkeyman guardó silencio por un instante y habló otra vez.

—Mañana nos iremos de aquí y podremos descansar más tiempo al llegar a Inglaterra.

—Yo no voy a Inglaterra—exclamó Smitty.

—El barco va.

—Pero yo no.

—¿Quieres decir que vas a desertar?—afirmó más que preguntó Donkeyman.

—Yo no voy a Inglaterra, Donkeyman.

Y dicho esto, Smitty se alejó hacia el centro del barco, dando a entender que ya no tenía más deseos de hablar. Donkeyman se calló y vió que su camarada bebía con ansiedad.

El alcohol ya producía efectos en popa. Los marineros bailaban al son de una improvisada orquesta: un acordeón y una flauta, tañida por Axel. Aunque éste tocaba con entusiasmo, no despegaba el ojo de Olsen, evitando que en sus manos cayera una botella. El bonachón y gigantesco sueco se reía del interés de su amigo, aun cuando interiormente se daba a todos los diablos.

Los marineros que no tenían pareja estaban sentados y apuraban grandes cantidades de whisky. Algunos de ellos se tambaleaban. Cocky y Driscoll bailaban una danza irlandesa, que hizo reír a los demás; pero, al amenazarlos Driscoll, secundado por el diminuto camarero, dejaron de burlarse.

—¡Eh, Yank!—gritó uno de los marineros—. ¿Quieres beber?

—¡Claro que quiero!—aceptó el aludido.

El alcohol despertaba el instinto salvaje y batallador de aquellos hombres. Se daban manotazos y empujones y, el que los recibía se mordía los labios conteniéndose a duras penas. Los puños se cerraban y abrían como pidiendo ser usados. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Al menor incidente estallaría una reyerta y...

La pareja de Scotty, o sea la misma mujer que había vendido whisky a Smitty, se escabulló de los brazos del bailarín y corrió hacia Smitty.

Este hombre la atraía por su aire misterioso, reservado y distinguido. Scotty parpadeó un momento y luego corrió tras la fugitiva, haciendo eses.

La mujer ya había llegado a Smitty y, poniéndole delicadamente una mano en el hombro, le preguntó:

—¿Usted no baila, señor? No me gustan estos hombres. Me gusta usted. Venga, baile conmigo. Yo seré su pareja.

Smitty se soltó de su mano con cortesía y sonrió.

—Gracias, pero no bailo.

En aquel momento llegó Scotty, tropezando contra la borda y los cordajes. Con sonrisa estúpida de borracho habló a Smitty:

—Smitty, ¿qué haces? Oye, te echaba de menos... Nosotros somos amigos, ¿verdad?

Smitty le miró serenamente a los ojos, en los que brillaba una lucecita peligrosa. Pero las intenciones de su compañero eran, al parecer, buenas, de manera que dijo:

—Sí, Scotty, lo somos.

—Claro...

Se interrumpió porque la mujer se debatía como una gata entre sus brazos. Cuando logró hacerla estar quieta, Scotty la indicó con el pulgar y lanzó una risotada diciendo:

—Todo lo que yo tengo es de mis amigos, Smitty... Todo. ¿No te parece muy linda, Smitty?

Este apretó los labios y miró con desprecio a la vendedora. En el momento en que Scotty la animaba a seguirle, se soltó de sus brazos y abofeteó a Smitty.

—Me parece que no le gustas—se rió Scotty—. Oye, ten esto...

Le entregó una nueva botella de whisky, que Smitty aceptó con ansiedad; luego, percatándose de que la vendedora había puesto de nuevo los pies en polvorosa, gimió desesperado y empezó a correr tambaleándose, gritando:

—¡Eh, tú!... ¡Espera!

Quiso la casualidad que fuera Cocky quien empezara la pelea. El camarero estaba haciendo alardes de bailarín, cuando uno de sus compañeros le echó la zancadilla. En otro momento Cocky hubiera dado otro sentido a la broma; pero en cuanto probaba un trago se convertía en un endiablado pendenciero y arremetía contra todos los obstáculos, sin temor a que su pequeña musculatura no obedeciera a la voluntad de destruir que le animaba.

De manera que se puso en pie de un salto y miró agresivo al bromista.

—¡A ver si pones los pies en su sitio!

—¿A quién le gritas tú? —preguntó el bromista.

Cocky acercó la cara a la del guasón y, para que no quedara la menor duda acerca de a quién se refería, aulló:

—¡A ti!

—¡A ver si te doy para que calles...!

La amenaza produjo el efecto de un fulminante a la cólera del camarero. Sin encomendarse a ningún santo, despreciando el hecho de que su contrincante era doblemente corpulento que él, le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Su enemigo dió un traspiés y cayó entre los bailarines, arrastrando a algunos al suelo. Estos, a quien la sangre hervía ya hacía rato, sospecharon que su agresor era el que tenían más cerca y la emprendieron a puñetazos con él.

—¿A qué viene todo esto?—gritó un marinero sentado contra la pared.

Alguien le arrojó una botella y cegado se mezcló a los combatientes. Los que querían apartar a los que peleaban fueron recibidos a puñetazos, perdieron el mundo de vista y engrosaron el número de los contendientes.

Las mujeres chillaban, escapando hacia lugares más seguros. Axel contenía a Olsen, que quería intervenir en la pelea. Yank demolía a un contrario. Algunos rodaban por el suelo. El alboroto era de los que hacen época.

Driscoll, que hasta entonces no había tomado parte en la contienda, lo vió todo rojo sin saber por qué. Se metió entre dos marineros que cambiaban directos y los separó diciendo:

—¿Por qué os empeñáis en pelear? ¿No somos todos amigos?

Esta verdad, o la terrible fuerza de Driscoll, paralizó a ambos luchadores.

—Sí, claro que sí—convinieron.

—Entonces, echad un trago.

—Venga.

Mientras uno de ellos bebía, Driscoll lanzó un formidable directo al otro, dejándole sin sentido. Recobró su botella y repitió la operación con el que había estado bebiendo.

De repente sonó un silbato, coincidiendo con un gemido de dolor de uno de los marineros. Aparecieron el capitán y un oficial; pero, antes de que llegasen al teatro de la lucha, los combatientes se refugiaron en sus camarotes y las mujeres se agruparon junto a la escala. Así, pues, el capitán y su acompañante sólo encontraron a Driscoll, Davis y un hombre que gemía de dolor en el suelo.

El oficial se inclinó sobre éste y lo examinó.

—Han herido a uno, señor.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó irritado el capitán.

—Se divertían sin hacer mal a nadie, señor—contestó Driscoll.

El oficial se incorporó del suelo, tras examinar al herido.

—Una herida en el hombro, señor—comunicó.

—¿Quién ha sido?—interpeló el capitán a Driscoll.

—No sé, señor—replicó éste.

—Seguramente se hirió en la espalda al caer—tuvo que suponer el capitán—. Llevádoslo.

Entre Driscoll y Davis transportaron el herido al castillo de popa. Debajo del cuerpo del herido brillaba el casco de una botella.

—Mire esto, señor—indicó el oficial.

Con aquella muestra de que sus prohibiciones no habían sido tenidas en cuenta, el capitán se acercó a las vendedoras y les dijo:

—No os pagaré por haber traído ron. Y llamaré a la policía, que os dará vuestro merecido.

—Pero, señor capitán...—protestó la que llevaba la voz cantante.

—Ya os lo dije: si traéis ron, no hay dinero.

Y a pesar de las lágrimas y de los chillidos de las mujeres, el capitán les hizo entrar en la barca que las había transportado hasta allí sin las menores contemplaciones.

Alejóse la barca y el primero de a bordo tuvo que escuchar una sarta de maldiciones, que, a decir verdad, le tenía sin cuidado. Ya estaba acostumbrado a aquellos lances.

EN ALTA MAR

AMANECIA. Una liger bruma rodeaba al «Glencairn», desmintiendo la proverbial diafanidad de los trópicos.

El barco se aparejaba para zarpar. Los marineros que no estaban ocupados en la maniobra de levantar el áncora, contemplaban melancólicamente la línea de la costa. Volvían a la vida incierta, de riesgo y de valor que era su pan cotidiano.

Donkeyman fumaba y los hombres se agrupaban en torno a él, como adivinando que en el viejo marinero hallarían toda la fuerza moral, necesaria para contener el escalofrío que les dominaba cada vez que abandonaban un puerto.

—Me parece que vamos a zarpar muy pronto—murmuró uno de los presentes.

—Hacia Inglaterra — informó Donkeyman.

El nombre de este país les envolvió como una sombra en que el tiempo y la distancia, los días iguales, monótonos, llenos de peligro, tenían poder para suscitar en su alma una apasionada nostalgia.

—Puede que en las faenas de carga, yo me caiga al mar y no vuelva —dijo con amargura Smitty.

La mano de Olsen se apoyó en su hombro. Pero Donkeyman, que era el único que comprendía el alcance de las palabras de Smitty, le prometió:

—Yo te recogeré, Smitty.

Sonó un silbato y todos corrieron

a sus puestos. Poco más tarde se alejaban de aquel puerto de las Antillas. ¿Volverían a verlo?

Pasaron muchos días. El «Glencairn» tuvo una travesía afortunada y los hombres estaban contentos. Habían llegado a los Estados Unidos donde tomarían carga y de allí enfilarían proa hacia Inglaterra.

Coincidiendo con la acción de echar amarras en el puerto estadounidense, los marineros se sorprendieron al ver que ante el barco se desplegaba una línea de policías, formidablemente armados. Pero ya estaban habituados los tripulantes a la situación anómala que les imponía la guerra y no comentaron aquel inusitado despliegue de fuerzas alrededor del «Glencairn».

Dos horas más tarde un caballero, elegantemente vestido, subía por la pasarela y estrechaba la mano del capitán, que había salido a recibirle. En cuanto hubieron tomado asiento en el camarote del primero de a bordo, empezaron una trascendental conversación.

Mientras tanto, en el castillo de popa los marineros se preparaban para bajar a tierra, así que recibieran permiso para ello. Olsen, después de haber dado de comer a su loro, se echó la gorra hacia atrás y dijo a sus amigos:

—Yo no me voy a quedar toda la vida a bordo.

Driscoll, con el asentimiento de los demás, se encargó de contestarle:

—Entonces, tienes que decidirte y no hacer lo de siempre. No hagas caso de nadie y vete en cuanto desembarques; si no, volverás al mar.

—No, lo que es esta vez me voy a casa, desde luego—le tranquilizó Olsen.

Sus amigos parecieron aplaudir aquellas sensatas palabras y Driscoll se apoyó en una litera, cruzando las manos detrás de su nuca, exclamando con expresión soñadora:

—También me gustaría tener una granja y cerditos.

Todos mencaron afirmativamente la cabeza al escuchar aquel deseo. Para ellos la tierra era tan maravillosa, tan codiciablemente poética, como para otros hombres el mar. Olsen tenía que regresar junto a sus padres de una vez. Pero había cierto escepticismo acerca de si sería capaz de hacerlo; lo había prometido muchas veces y todavía estaba allí, como ellos mismos.

Así, pues, no fue extraño que uno de los marineros vaticinase a Olsen:

—Quieres volver a casa, pero te emborracharás. No verás tus campos y tu granja más que en sueños.

Estas palabras desanimadoras sacaron a Axel, que idolatraba a Olsen, de sus casillas.

—¡Tú te callas!—gritó el escuálido marinero.

—¿Por qué me voy a callar?—se sorprendió el que había hablado.

Axel, que no había comprendido la intención de las palabras que le molestaban, chilló lleno de desdén, amenazador:

—¡No te burles de Olsen!... El se irá a su casa. Tú no tienes casa. Yo no tengo casa. Driscoll no tiene casa. Pero Olsen sí, y si le impides que se vaya, te pegaré.

Axel había acertado, aunque sólo en parte, pues el marinero envidiaba amistosamente a Olsen, pero no pretendía que el sueco no regresara a su hogar. Al contrario. Pero la amenaza de Axel, grotesca, pues apenas llegaba al hombro al marinero que había hablado, le indignó y adelantó agresivamente la barbilla.

—¿Que me pegarás?... ¿Sí? ¡A ver!

Axel no se lo hizo repetir dos veces. Desde lo alto de su litera saltó al suelo, mejor dicho, quiso saltar, pues Olsen, con gran contento de sus compañeros, le cogió en el aire y le manejó como a un chiquillo.

—¡Déjame!—gritó Axel.

Quiso seguir intentando escaparse, pero no lo logró. Los demás se echaron sobre él y le colocaron en su litera. Entró un marinero y, al ver el espectáculo, supuso lo ocurrido y exclamó:

—¿Otra vez?

Poco a poco Axel se apaciguó y se estuvo quieto. Pero, sin embargo, sentía miedo de que el escepticismo del atrevido que había hablado hiciera mella en Olsen; por lo tanto, casi sollozando, con ternura paternal, se encaró con el gigantesco sueco y le suplicó:

—Tú irás a casa, Olsen. Tu madre ya es vieja... ¿Dónde está mi gorra?—preguntó y Olsen se la puso de un manotazo—. Te necesita, quiere que vuelvas, no debes seguir navegando...

Axel no encontraba palabras para expresar su pensamiento. Sus amigos, no obstante, comprendían lo que quería decir. Olsen le acarició un hombro y le prometió con una bondadosa sonrisa:

—Sí, me iré a mi casa.

Pero Axel no estaba muy seguro de ello. ¡Lo había prometido tantas veces, sin cumplirlo!

—¿Irás a tu casa?—insistió.

—Sí—repitió Olsen.

Después de esta conversación, se pusieron las gorras y los chaquetones y se apresuraron a subir a cubierta para ver si tardarían mucho en bajar a tierra.

CARGAMENTO PELIGROSO

LA conversación del capitán con el caballero que le visitaba llegaba a su término.

—Y ya sabe las instrucciones para la salida: a las cinco y treinta. Se marchará usted en seguida.

Las facciones del capitán, evidentemente preocupado por el objeto de aquella charla, se endurecieron al responder:

—Sí. Conservar seco el cargamento no me preocupa, pero lo que encuentre por ahí...—hizo un gesto vago y añadió—: Eso es lo que no sabemos. No me vendría mal una ametralladora, por si acaso. Si tropezamos con algo bajo la línea de flotación, volaremos en un santiamén.

El tono del capitán no pareció muy entusiasmado a su interlocutor y, para enardecerle, el caballero dijo, como quien repite una lección aprendida de carretilla:

—Así estamos marchando hacia la victoria, con valor y tenacidad. Cada hombre de la marina mercante ayuda en lo que puede. Héroes anónimos, pero...

Interrumpióle bruscamente el capitán, que había estado escuchando con disgusto aquellos estúpidos latiguillos:

—Desembarque usted antes de que zarpemos.

—¿Eh?—se sorprendió, arrancado de su discurso—. Sí, todo es importante, ya lo sabe.

—Eso es.

Se levantó el capitán y su visitante siguió su ejemplo. Cocky, como

de costumbre, había estado al acecho y oído lo suficiente para sentirse alarmado. Murmuró para sí:

—Sí, allá va... y volamos todos... ¡No puede ser!

Y corrió hacia sus compañeros, gritando:

—¡Eh, muchachos! ¡Driscoll!... ¡Venid!

En tanto que Cocky escuchaba la conversación sostenida en el camarote del patrón del barco, un grupo de marineros asistía a la operación de carga del barco. Las grúas transportaban del muelle a la sentina unas cajas al parecer muy pesadas. ¿Qué contendrían?, era el pensamiento de todos los espectadores. En aquellos días era muy interesante estar enterados de lo que se llevaba a bordo para poder hacer frente a posibles contingencias.

—Muchachos, fijaos bien en el cargamento—les avisó Cocky.

El consejo era innecesario. Los marineros que trabajaban en la sentina cargaban las cajas, a pesar de su relativamente escaso tamaño, con grandes dificultades.

Pero hubo algo que aumentó la alarma de Cocky. Y fué que, al mirar hacia el muelle, siguiendo el movimiento de la grúa, reparó en los policías, que impedían que se acercasen al «Glencairn» los curiosos.

—Oye... ¿Qué hacen ahí esos de uniforme?—comentó Cocky—. ¡Es muy raro!

—Sí que lo es—gruñó Driscoll.

Y tanto él como Davis apagaron el cigarrillo que estaban fumando.

—Yo ya sé por qué están ahí —aseguró Cocky.

—Por la carga, ¿verdad? — preguntóle Driscoll.

—¡Ya lo creo!... ¡Son municiones! — exclamó el camarero con acento dramático.

Algunos lanzaron un silbido de sorpresa y de consternación. Para no dar lugar a dudas, una de las cajas pasó muy cerca de ellos, permitiendo que leyeran las letras impresas en las tablas.

—¡Caramba! ¡Fuegos artificiales! —comentó Axel.

—Así es, amigos — dijo Driscoll apartándose de su puesto de observación.

Les consultó con la mirada y vió en todos los rostros la pregunta que formuló Axel en voz alta.

—Y si salen a nuestro encuentro, ¿qué hacemos?

Cocky le contestó impetuosamente:

—¿Qué vamos a hacer? ¡Saltar por el aire como un cohete!... ¡Bum!

Lo dicho por Cocky era cierto y no les hizo la menor gracia. Como ningún hombre desea dirigirse ciegamente al encuentro de la muerte,

no fué de extrañar que todos tomaran la misma decisión.

—¡Yo me voy!

—Nos iremos todos, me parece... ¿No, muchachos? — preguntó Driscoll.

Y aunque no mediaron palabras tuvo la seguridad de que todos pensaban como él. Inconscientemente echaron a andar hacia el camarote del capitán para comunicarle su determinación.

Poco a poco se les fueron agregando más marineros, con los que cambiaron excitados comentarios. La carga seguía y el tiempo apremiaba. Tenían que obrar inmediatamente y no dudaban en hacerlo. Cuanto antes abandonasen el barco, mejor.

Pero cuando estaban cerca del puente de mando, un altavoz repitió varias veces:

—¡Dejad el trabajo y subid todos!

Algo más tarde toda la tripulación estaba reunida al pie del puente.

—¿Por qué no nos habrán dicho nada?—preguntó Driscoll.

Nadie se atrevía a decir la verdad, porque la verdad, en aquel caso, significaba una jugarreta del capitán, que siempre se había portado rectamente con ellos y a quien reverenciaban como a un dios. Pero, finalmente, uno hubo de decir:

—Sabían que no nos iba a gustar.

—Pero lo hemos averiguado—objetó Driscoll.

Todos guardaron silencio. Se acercaba un oficial animando a los rezagados. El capitán quería hablar a sus hombres. Driscoll, haciéndose portavoz de los demás, exclamó, metiéndose las manos en el bolsillo, cosa que la disciplina de a bordo prohibía hacer en presencia de un superior:

—A mí no me interesa esto. Yo me voy. Y el que quiera arriesgarse que me siga.

Se disponían a seguir el consejo de Driscoll, cuando el capitán bajó con agilidad por la escalerilla del puente. De una sola ojeada adivinó el estado de ánimo de sus hombres. Pero él sabía hablarles; conocía su punto flaco. Ya era una buena señal de ello: que se irguieran y cuadrasen cuando estuvo a pocos pasos de ellos.

Y sin la menor vacilación, el capitán les dijo:

—Por lo que a mí respecta, no tenéis nombre alguno. Sois, sencillamente, tantos hombres como hacen falta para que el barco llegue a Inglaterra. Los que no quieran ir, naturalmente, pueden quedarse. El que tenga miedo que lo diga y se le dará inmediatamente su dinero. A ver:

el que no esté conforme que avance y lo diga.

Hizo una pausa. Los hombres se miraron de soslayo. Ninguno quería ser tenido por cobarde. Echaron los hombros atrás. Si alguno hubiera osado dar un paso hacia adelante, sus compañeros le hubieran destrozado. Driscoll lanzó una mirada en torno suyo y exhaló un suspiro de satisfacción, a pesar de ser el promotor de la protesta: allí no había cobardes.

El capitán, que leía en ellos como un libro, en vista de que todos aceptaban su suerte, sonrió ligeramente y continuó:

—Bien. Desde ahora, hasta que lleguemos a Londres, se os pagará un veinticinco por ciento más sobre vuestro salario. Otra cosa: debido al cargamento que llevamos y a las órdenes oficiales recibidas, no se permite a nadie bajar a tierra.

Hubo un murmullo de desencanto. Smitty, quitándose la gorra, dió un paso al frente.

—¿Puedo preguntarle, señor, dónde vamos a pasar la noche?—dijo.

—Aquí, en cubierta. Ningún marinero podrá desembarcar.

—Yo creo que soy de confianza, señor—balbució Smitty.

Las mandíbulas del capitán se cerraron como un cepo.

—¿Y cuando estás borracho?—indicó con aspereza.

La ruda pregunta hizo vacilar a Smitty. Se ruborizó, pero se atrevió a insistir:

—Bueno, pero... yo tengo derecho a bajar a tierra la noche antes de zarpar.

—Creo que ya hemos hablado bastante, Smitty. No bajará nadie —concluyó el capitán.

Smitty regresó al grupo, contrariado, y el capitán se volvió sin añadir una palabra y trepó por la escalerilla hasta el puente de mando. El oficial que había asistido a la escena anterior ordenó:

—Ea, muchachos, volver al trabajo.

Los hombres obedecieron lentamente. Las palabras del capitán habían obrado la maravilla de hacerles cambiar de modo de pensar.

—Vamos allá, Paddy.

—Claro, no vamos a tener miedo.

—¿No se iban a ir los demás? ¿Qué significa esto?—se burló un marinero.

—Significa que vamos a ir solos, confiados a nuestra suerte cuando zarpemos... Y nada más.

Cocky, que había oído lo último, tuvo que tomar parte en la conversación. Y exclamó:

—Sí, pero el capitán vigilará como él sabe y llegaremos sin novedad.

SMITTY

LLEGO la noche. Todo el puerto estaba sumido en la niebla, que mojaba todas las cosas, dándoles un lúgubre brillo. Aquella parte del muelle estaba iluminada por algunos reflectores que daban al escenario un aspecto fantasmagórico. Sólo se oía los pasos de los policías sobre las piedras del muelle y las pisadas de los marineros que hacían la guardia. De vez en cuando, la campana marcaba los cuartos y los cambios de punto.

Se aproximaba la hora de zarpar. Pronto sonarían las cinco y media, momento en que, como es sabido, el barco tenía que partir de la costa americana. La carga había terminado y el capitán, en su camarote, ultimaba algunos detalles con el caballero que había inspeccionado la carga.

En el castillo de popa los marineros dormían. Les esperaba una ruda travesía y acopiaban fuerzas. No obstante, había uno que estaba alerta. Era Smitty.

Aunque al parecer había aceptado la negativa del capitán a sus deseos de desembarcar, no estaba conforme con ella. No deseaba, como había explicado a Donkeyman en el puerto antillano, regresar a Inglaterra.

Por tal motivo espiaba la pesada respiración de sus amigos, los pasos de los que estaban de guardia y el momento adecuado para actuar. Sonó la campana. Las cinco y cuarto. Un momento más y sería tarde.

Silenciosamente puso los pies en el suelo, se puso el chaquetín y la

gorra. Con sumo cuidado levantó la delgada almohada de su litera y algunas mantas y sacó una cajita larga y delgada de debajo de ellas. Contempló la cajita durante un segundo y sus labios formaron una línea imperceptible. Luego, súbitamente, se agachó, cogió sus pesados zapatos y abrió la puerta del camarote.

Poco después se hundía en la obscuridad de la escalerilla.

Se abrió la puerta del camarote del capitán, inundando de luz la cubierta. El patrón del barco avanzó con el representante oficial hacia la pasarela. El capitán acompañó a su visitante hasta la mitad de la misma, donde tendió la mano a su interlocutor.

—Bien, capitán; adiós y buena suerte.

—Adiós, gracias.

—Quisiera esperar hasta que zarparan.

Precisamente era lo que no deseaba el capitán. Ansiaba verse libre de la fiscalización de aquel importuno individuo; por lo tanto, exclamó:

—No, no; gracias.

El apresuramiento del capitán en responder era bastante expresivo. El representante oficial tuvo que tragar su enfado y repetió:

—Adiós.

—Adiós.

El capitán regresó a su camarote. Este fué el momento aprovechado por Smitty para aparecer en cubierta. Se caló la gorra hasta las cejas y se acercó a la parte de la borda que estaba a menos distancia del muelle. Se acodó en ella y estudió la situación, procurando pasar inadvertido.

Había visibles tres policías en las cercanías del «Glencairn». Uno de ellos cubría, en su paseo, toda la longitud del barco; cuando llegaba a uno de sus extremos, coincidía con otro policía apostado allí, que también se paseaba a lo largo del muelle.

Por consiguiente, había de esperar a que el policía pasase ante él y saltar a tierra, porque su compañero también se separaría, en sentido inverso, del barco. Y así fué.

En cuanto el policía, tras un saludo a él dirigido, le hubo dado la espalda, Smitty se dejó caer al muelle con la silenciosa agilidad de un felino. No había hecho ni el más leve ruido. Pero, cuando llegó a las mercancías apiladas en el muelle, se creyó a salvo y echó a correr, sin preocuparse del ruido que hacía.

Este fué, precisamente, el que atrajo la atención de los vigilantes. Uno de ellos vió la silueta de Smitty recortada por la luz de los reflec-

tores contra la niebla, entre los callejones formados por las mercancías.

—¡Alto ahí!—gritó.

Pero, en vista de que no le hacía caso, se llevó el silbato a los labios y sopló con todas sus fuerzas.

Los silbidos espantaron a Smitty. ¡Había sido descubierto! Corrió todo lo velozmente que pudo, dobló las esquinas que formaban los montones de cajas de embalaje. Pero siempre tenía delante la luz implacable de los reflectores...

Finalmente, al extremo de una de las calles, encontró su paso cerrado por dos policías. Quiso desandar lo andado, pero le fué imposible: dos vigilantes más llegaban en su persecución. Por los callejones laterales llegaban más policías. Sólo podía hacer una cosa y la hizo.

Se precipitó con la cabeza baja sobre los que tenía delante y derribó a uno de ellos de un golpe certero. Pero el otro le sujetó y, mientras luchaban, llegaron los restantes. Poco después un buen puñetazo atontaba a Smitty. No pudo ofrecer resistencia y fué arrastrado aturdido hacia el «Glencairn», cuya sirena emitía desgarradores sonidos de despedida.

El capitán estaba en cubierta, observando la operación de retirar la pasarela, ya casi subida.

—Uno de sus hombres se escapaba—le avisó uno de los policías que escoltaban a Smitty.

—¿Sí?—exclamó el capitán contrariado.

—¡Subidle a bordo!—gritó el jefe de los vigilantes.

Y lanzaron a Smitty sobre la pasarela medio retirada, donde se sostuvo por puro milagro. El capitán le dejó pasar sin decirle nada.

Fué izada el áncora, sonó el silbato del contramaestre y el buque salió del puerto, en medio de los gritos de despedida de los policías. El capitán, una vez en alta mar, contempló la niebla que les rodeaba y entró en la cabina del piloto.

—Fíjese bien, oficial. Encontraremos niebla durante toda esta parte de la ruta. Reduzcan a diez nudos.

—Al este. A diez nudos—repitió el timonel, mientras el primer oficial daba las órdenes oportunas.

Momentos después el barco se confundía con la niebla, emprendiendo su viaje hacia lo desconocido, donde tal vez le acechasen innúmeros peligros, la destrucción o la muerte.

Pero seguía hacia adelante con la tenacidad de un monstruo que lucha por la vida exponiéndola constantemente, mientras que su sirena hacía resonar los ámbitos.

LA TEMPESTAD

EL mar embravecido azotaba al «Glencairn» como si quisiera volcarlo. Hacía un día que la tempestad zarandeaba el barco. Los hombres estaban fatigados y aterridos, tanto el capitán y los oficiales, constantemente en la cabina del piloto, como los marineros que tenían que hacer las guardias y repasar los desperfectos ocasionados por los embates del océano.

En el castillo de popa no se oían risas ni conversaciones. Los hombres murmuraban, derrengados, mojados hasta los huesos. Pero el barco, a pesar del poder de los elementos, continuaba su camino.

La tempestad arreciaba a medida que pasaban las horas. Las olas no se contentaban con barrer la cubierta, haciendo que los marineros que estaban de guardia se tambaleasen como muñecos, sino que pasaban sobre ella, sumergiéndolo bajo una tromba de agua.

Al segundo día de tempestad, Driscoll entró en el camarote y se quitó el chorreante sueste, dejándose caer en un taburete. Su compañero de guardia preguntó a sus amigos, cuyos rostros demostraban preocupación y cansancio:

—¡Eh, amigos! Me parece que se han olvidado de nuestra comida.

—Oye, Scotty, ¿dónde está el whisky?

—Ven acá; aquí está—contestó Scotty.

Le alargó una botella de la que bebió durante bastante rato Driscoll. Después se apoyó en una litera

con un suspiro de satisfacción. Este fué el momento escogido por Cocky, envuelto en un largo impermeable, para aparecer con una inmensa perola. La tempestad no le había quitado el buen humor.

—Hola; aquí me tenéis. Os traigo un buen desayuno después de una noche tan pesada.

—Sí, es muy divertido viajar con esta carga—dijo un marinero.

—¿Tienes miedo?—preguntó burlonamente otro.

—¿Es que tú no? ¡Si salen submarinos...!

Acababan de desayunar cuando el barco se zarandeó como si fuera una paja azotada por un vendaval. Todos se asieron de donde pudieron. Cuando recobraron el equilibrio, oyeron unos fuertes estampidos semejantes a cañonazos lejanos.

Scotty y Driscoll saltaron a una litera y pegaron el oído al casco de la embarcación. El casco vibraba como si alguien estuviera pegando martillazos en él. Sonaba á hierro batiendo contra hierro. Driscol adivinó lo ocurrido.

—¡Yank!—exclamó.

—¡Puede que sea un submarino! —comentó alguien.

Pero Scotty, con un gesto violento, le hizo callar y prosiguió escuchando.

Lo que temía Driscoll había ocurrido. Yank hacía la guardia de proa, el lugar más peligroso del barco durante la tempestad. Gracias a su vigor había logrado mantenerse en pie hasta la ola que zarandeó el barco de manera tan alarmante. Entonces el agua le aplastó contra la cubierta; cuando se levantó algo pesado le golpeó en el pecho, cubriéndoselo de sangre. Yank perdió el sentido y las olas le trasladaron de un lugar a otro.

La fuerza inmensa del mar había roto la cadena del ancla y había lanzado una de las partes quebradas, como un latigazo, contra el infeliz marinero.

Olsen, que también estaba de guardia, vió a su compañero en el suelo y corrió hacia él en el preciso momento en que algunos hombres salían de los camarotes. Entre todos, con cuidado infinito, lo condujeron al castillo de proa, donde le tumbaron en una litera.

El timonel, que había contemplado el accidente, avisó al oficial:

—¡Yank está herido!

—¿Qué ha sido?

—Creo que le tiró el agua.

El oficial salió apresuradamente de la cabina del piloto.

Yank estaba muy malherido. Respiraba con dificultad, mientras pestañeaba de dolor. Dijo a los que le observaban asustados:

—No me queda... no me queda mucho...

El oficial entró en el camarote del capitán, que estaba consultando un libro.

—Dispense, señor, pero el hombre que hacía guardia a proa ha resultado herido por el temporal.

—¿Qué le pasa?

—Está bastante mal, señor. ¿No puede... no puede usted hacer nada por él?

El capitán meneó la cabeza y contestó:

—Sería necesario operarle, una operación larga... ¿Usted se arriesgaría a hacerla, oficial?

—Yo no, señor — exclamó éste asustado.

—Pues yo tampoco, porque no soy médico ni pretendo serlo... Si hubiésemos zarpado una semana después, quizá hubiéramos tenido mejor tiempo.

—Sí, seguramente.

El capitán abandonó su asiento y se puso la gorra.

—Bien, diga usted al segundo oficial que venga y yo iré a ver lo que se puede hacer.

—Sí, señor.

—Aunque no será gran cosa —añadió el capitán con desaliento.

En el camarote de los marineros reinaba un silencio sepulcral. Driscoll y el herido, a quien unía una estrecha amistad, eran mirados por los demás con lástima. Había llegado el momento del relevo. Entró un marinero que había sido relevado y rompió el silencio diciendo:

—No es muy agradable estar ahí arriba. ¿Cómo está Yank, Drisc?

Este meneó la cabeza sin contestar. Compareció otro marinero que avisó desde la puerta:

—Tu turno, Scotty.

—Está bien—respondió éste.

—Tu guardia, Donkeyman.

—Ya estoy vestido.

Se marcharon los dos nombrados. Nuevo silencio. Axel, que encontraba insoportable aquella mudez, se encargó de romperla.

—Este es el peor viaje que hemos tenido desde que estoy en este barco.

Driscoll no se fijó en el comentario. Se inclinó sobre el herido preguntando:

—¿Te encuentras mejor, Yank?... Tienes mejor cara, mucho mejor... ¿verdad? ¿Verdad que no le miento?

Hizo la última pregunta con ferocidad que encerraba la súplica de que engañasen al herido, que le engañasen a él mismo. Axel se compadeció, pero no pudo mentir. Sólo dijo:

—Dormir te hará bien, Yank.

—Claro que sí—aseguró apresuradamente Driscoll—. Dentro de

poco, en Europa, bajarás a beber whisky con todos nosotros, como si tal cosa.

Notó el herido el temblor de la voz de su amigo e intentó tranquilizarle.

—Sí... Claro... No tengo miedo..., no estoy asustado

—Vamos, amigo, eso ya lo sabemos—protestó Driscoll.

Un temblor convulsivo recorrió el cuerpo de Yank; sus ojos se nublaron. Ya no veía y se asustó de su soledad más que de la muerte.

—¡No me dejes, Drisc!... ¡Olley!

Olsen se dobló para acercar su rostro a Yank.

—¿Qué?

—No me dejes. Estoy muy mal, os digo que no duraré mucho... ¡Quiero subir a cubierta!

Todos se miraron. ¿Empezaba a desvariar Yank? Y dijeron al unísono, apresuradamente:

—¡No seas tonto!... ¡Quieto ahí!

El herido había intentado levantarse y, al querer impedir los demás que lo hiciera, le tocaron el cuerpo y el herido se desmayó lanzando una exclamación de dolor.

Driscoll se puso pálido y se estremeció. Pero el bondadoso Olsen procuró distraerle con su afabilidad acostumbrada:

—No te preocupes, Driscoll.

—No me gusta nada su aspecto y creo de veras está muy mal—murmuró Driscoll.

Apareció otro marinero para agradecer a Olsen el haber hecho el peor turno en su lugar. Driscoll tuvo una súbita inspiración y ordenó al recién llegado:

—Dame café para él, pronto.

El marinero abandonó la habitación para dirigirse a la cocina. Cuando iba a cerrar la puerta entraron el capitán y el primer oficial. El primer pensamiento del patrón del barco fué:

—Habrá que poner alguien en su lugar, supongo.

El primer oficial no entendió el alcance de la frase del capitán y preguntó apresuradamente:

—¿No es ahora tu guardia, Driscoll?

—Sí, señor, pero...

El capitán hizo un ademán tranquilizador.

—Espera un poco y no te alarmes.

—Ya lo hará otro, Driscoll—agregó el oficial, contento de la oportunidad de mostrarse benévolo.

—Gracias—dijo Driscoll.

El capitán se acercó al herido, mientras los marineros le hacían sitio. Levantó la manta y estudió la contusión. Cuando se volvió su rostro era grave.

—¿Trajo las medicinas, oficial?

—Sí, señor.

—Bien, déjelas usted ahí.

El oficial depositó la bandeja en la litera contigua a la de Yank y ayudó al capitán en su cura. Una vez terminada ésta, el primero de a bordo indicó a Driscoll que le siguiera hasta la puerta. Conocía el afecto que ambos marineros se tenían y que Driscoll necesitaba más apoyo moral que el herido.

—Drisc, le encuentro muy débil.

El marinero contestó desesperanzado, pero queriendo convencerse de lo que decía:

—Es fuerte; se repondrá muy pronto.

El capitán hizo un imperceptible movimiento negativo.

—Ojalá me equivoque; yo no soy médico. Vosotros habéis navegado mucho tiempo juntos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues sigue a su lado; que se tranquilice y ya veremos. Ahora te mandaré unas tabletas que compré en Río para que duerma; dale una y media. Ya veremos mañana qué tal aspecto tiene. Y no perdáis el valor. ¿Vamos, oficial?

Desaparecieron ambos hombres y Driscoll regresó a la litera de Yank procurando que su rostro mostrase una animación que estaba muy lejos de sentir después de su conversación con el capitán.

—¿No te lo dije?—preguntó a Yank— Dice el capitán que estarás trabajando otra vez antes de una semana.

Las manos de Yank se crisparon en la manta que le cubría y sacudió débilmente la cabeza antes de contestar:

—No te ríes, Drisc... Me voy a morir... y cuanto antes, mejor.

—No, Yank, eso no... Yo te curaré, yo te protegeré...

—Dame un trago... De hablar se me seca la garganta.

Alguien entregó a Driscoll una botella de whisky. Entre él y Olsen incorporaron al enfermo y le dieron de beber. Una vez hubo acabado de hacerlo, cerró los ojos y no habló más.

Los presentes se consultaron con la mirada. ¿Había muerto Yank o estaba durmiendo? El miedo de los seres primitivos a la muerte se apoderó de ellos e impidió que rompieran el silencio. Por último, entró en el camarote un marinero mojado hasta los huesos y exclamó en voz alta, que sobresaltó a los demás:

—¿Cómo está Yank?

Driscoll se puso un dedo en los labios y contestó en voz baja:

—Está durmiendo.

Pero el herido volvió la cabeza hacia él y le dijo débilmente:

—No, no duermo; estaba pensando en mis tiempos de niño, en tie-

rra... allí donde nunca han visto el mar... ni los barcos... —hizo una pausa y suplicó—: Levántame un poco, ¿quieres? No puedo respirar...

Driscoll se apresuró a hacer lo que le pedía. El aire entró en los pulmones de Yank con más soltura, dándoles nuevas fuerzas. Y continuó hablando:

—Esta vida no es vida, Olley... Si no te marchas al terminar el viaje no te marcharás jamás...

Driscoll y todos los presentes comprendieron a qué se refería y se inclinó sobre él prometiendo:

—Nosotros nos cuidaremos de coger su dinero y de comprarle el billete para su tierra.

Yank sonrió agradecido y habló a Driscoll:

—¿Te acuerdas de lo que nos divertimos en Buenos Aires?... Aquellos barracones donde se bailaba... ¿Te acuerdas?

—¡Claro que sí!—contestó Driscoll.

—Sí... —murmuró el herido—. No hemos vuelto a pasarlo tan bien desde entonces... Dame una chupada, Driscoll.

Este destapó la botella y la puso en la boca de Yank, que pareció reanimarse, mientras el color renacía en sus mejillas. Después habló con más firmeza, aunque más lentamente:

—Yo lo recuerdo... Hace tiempo, los viajes eran fáciles... ¿Recuerdas?

—¿Recuerdas tú cuando nos encerraron los dos en Sidney por pelearnos?—dijo a su vez Driscoll, fingiendo estar muy animado—. ¡Yo sí!

La expresión de alegría de Yank se nubló. Y añadió:

—Y aquel hombre... en el puerto de... la Ciudad del Cabo... Aun veo su cara que me persigue y...

—Mejor será que no pienses en eso ahora...—aconsejó Driscoll—. Es cosa pasada. Piensa en la diversión.

—Nosotros habíamos peleado limpiamente, pero él no, ¿verdad, Drisc?—gimió el herido.

—Claro que no; intentó apuñalarte por la espalda estando tú desprevenido. ¡Ojalá hubiese sido yo quien... lo hubiera hecho!

Hubo un silencio. El herido respiraba cada vez con mayor dificultad. De repente parpadeó y se llevó la mano a los ojos. Después sus ojos se desorbitaron de espanto.

—¿De dónde viene esta niebla, Driscoll?—sollozó desesperado.

—¿Niebla?—repitió Driscoll, sin comprender, mirando en torno suyo.

Pero sus compañeros no le auxiliaron. Tenían un nudo en la garganta. Yank insistió:

Dirigió el recibimiento de las mujeres...

—¿Me compra algo? —preguntó la mujer insinuante.

En popa la algazara había llegado al colmo.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó irritado el capitán.

—¿No te parece muy linda, Smitty?

Las grúas transportaban del muelle a la zentina unas cajas muy pesadas.

Los hombres murmuraban, derrengados, mojados hasta los huesos.

—¿Qué contiene? ¿No quieres decirlo francamente?—preguntó Delscoll.

En el camarote de los marineros reinaba un silencio sepulcral.

Los marineros se precipitaron al muelle, gritando alborozados.

—¿Sabéis lo que vi que estaba haciendo?—preguntó Cocky

Axel, en cubierta, coste algo al forro de la chaqueta de Olsen.

—¿Para qué habrá hecho que las lea?

—Nicky es mi nombre. Todos los marineros me conocen.

¡Eran aviones enemigos! ¡Y les arrojaban bombas!

Con la ayuda de Cocky logró hacerle llegar hasta la passarela.

—¿Cómo es que entra aquí?

¡Aquello sólo podía ser una cosa! ¡Se acercaba el fin de Yank! Y tenía que ocultárselo a pesar de que su rudo corazón estaba sangrando y de que las lágrimas se pegaban a su cuello. Tragó saliva y su voz sonó extrañamente ronca al balbucear:

—Es que... es que entra de ahí fuera; está abierto.

—Es raro...—murmuró Yank—. Me pareció oír ahí fuera el sonido del viento.

Driscoll se arrodilló junto al herido y empezó a hablar precipitadamente para olvidar su pena:

—Oye, Yank... Nunca te lo pregunté, pero... ¿no tienes familia? ... ¿Estás completamente solo en el mundo?

—Sí—respondió el herido.

Después de otra pausa, durante la que pareció recogerse sobre sí mismo para sonreír, una expresión de dulzura se esparció por su curtido rostro, mientras jadeaba:

—¿Recuerdas aquella camarera del Red Stars del Cairo?... Es muy buena chica... muy buena... Me prestaba dinero cuando yo no tenía. Ve a verla de mi parte y dile... Yo... yo creo...

Su cabeza se dobló a un lado y quedó inerte sobre la almohada. Driscoll comprendió sin necesidad de comprobarlo que su amigo había dejado de existir. Sus manos atenazaron el borde de la litera, mientras exhalaba un ronco aullido de dolor.

—¡Yank! ¡Yank!... ¡Háblame, amigo mío!... ¡Yank!

Pero sobre el rostro de Yank se veía la apacible sonrisa de los que han muerto. Sí, había muerto como un marino, ignorado de todos, un marinero creador de nuevas rutas hasta surcar por la última.

Driscoll se sentó sollozando en el taburete y todos guardaron silencio, procurando no escuchar los entrecortados gemidos de su compañero, que les laceraban el alma.

Crujió la puerta al abrirse dando paso a Axel, que se detuvo ante la escena. Casi mecánicamente dijo:

—El capitán envía esta medicina para Yank... Dice que cuando la tome, se le pasará el dolor...—luego, advirtiendo el llanto de Driscoll, exclamó—: ¿Ha muerto Yank?

Al día siguiente la tempestad aminó. El cielo estaba cubierto de nubes, sobre el mar plomizo, mientras que el capitán recitaba el oficio de difuntos sobre el cadáver de Yank. Después, una vez concluido el rezo, tocó el silbato durante un momento, los hombres levantaron la tabla y el cuerpo de Yank desapareció para siempre en el seno del mar, que tanto había amado y aborrecido.

EL ESPIA

LA muerte de Yank no alteró en absoluto la vida de a bordo. Al día siguiente de haber dado sepultura en las olas a su cuerpo, los marineros reparaban los desperfectos ocasionados por el temporal. Era de mañana y los afortunados que habían podido dormir por la noche, se desperezaban en los camarotes del castillo de popa.

Driscoll entró en el suyo portador de una cafetera. Axel estaba pintando de azul el cristal de una lumbrera. Operación que llamó la atención del fornido marinero.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó.

—Estoy pintando esto, Drisc.

—Eso ya lo veo. ¿Crees que no tengo ojos en la cara?

—Es para mayor seguridad. No debemos proyectar luz al exterior. Los submarinos pueden hundirnos.

El lorito de Olsen repitió la palabra submarinos y todos se estremecieron. Driscoll, después de fulminar al lorito con una mirada, siguió con sus preguntas:

—¿Es que estamos ya en zona de guerra?

Cocky, que estaba enterado de todo, gracias a su contacto con los altos personajes del barco, dejó de leer el periódico que había arrebatado de la cabina del capitán y contestó:

—Estaremos esta noche. Oí que el «viejo» se lo decía al segundo.

—¿Qué os parece?—suspiró Driscoll—. Venir aquí con lo grande que es el mundo.

Scotty, dándose cuenta de que su compañero se burlaba de sus temores, intervino en la conversación interrumpiéndole con mucha seriedad:

—A pesar de todo, hay muchas probabilidades de que nos hundan, Driscoll. Esto no me gusta.

—¿Están designados los vigías? —preguntó otro con intranquilidad.

—Sí, sí... Ahora, en seguida—le apaciguó Driscoll.

—La próxima vez que me embarque—dijo Axel, que había terminado de pintar—lo haré en un bote de esos que cruzan el Río de la Plata de una a otra orilla, ¡qué caramba!

Cocky, que había seguido leyendo el periódico, moviendo los labios, lanzó de repente una exclamación de asombro y les miró consternado.

—¡Vaya! ¡Hay que ver qué gente más lista!

—¿Qué dices tú? — gruñó Driscoll.

—Si no lo estuviera leyendo yo mismo, escrito aquí, no lo creería. ¡Es extraordinario!... ¡La quinta columna!

—¿Quinta columna? — tartamudeó alguien.

Cocky se quitó las gafas, se atusó el mostacho y se preparó a la grata tarea de dar explicaciones a sus ignorantes compañeros.

—Aquí lo dice—aseguró golpeando el periódico con el dedo—. Los espías alemanes enviaban sus mensajes cifrados a una mujer espía que estaba en Suiza, la cual los transmitía a Berlín.

Todos se quedaron boquiabiertos. ¿Era posible que aquello ocurriese en el mundo? Cocky les debía de tomar el pelo. Driscoll, que era de esta opinión, pero que estaba asombrado del ingenio de su compañero, dijo:

—¡Oh, no será verdad!

—Ya lo creo que lo es—replicó Cocky—; en todas las guerras ha habido espionaje, pero en ésta hay mucho más, sin que nadie sospeche quién manda los mensajes, ni cómo. A lo mejor son personas que están entre nosotros, pero saben cubrirse...

Enfurecido por esta sospecha, que tal vez aludiese a uno de ellos, Axel interrumpió:

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo entiendes? Yo te lo explicaré — ofreció Cocky—. Tienen un papel con diversos orificios en él y, colocándolo encima del mensaje, leen solamente las palabras que les interesan; y para los demás el escrito resulta ser una carta de lo más inocente.

—Cocky, eso es criminal, es monstruoso... si es verdad — dijo Driscoll.

La duda ofende y el pequeño ca-

marero se ofendió. Alargando el periódico a su amigo, le invitó:

—Ten, léelo tú mismo.

A Driscoll, aunque a veces presumía de lo contrario, no le gustaba leer, porque tenía que esforzarse demasiado en aquella tarea. Por consiguiente, rehusó con dignidad:

—No, déjalo.

Aquella noticia de la maldad humana le había dejado muy pensativo. Axel se rascó la coronilla y llegó a una conclusión:

—¡Eso está muy mal!... ¡qué caramba!

Olsen sacó la cabeza por la puerta y, extendiendo uno de sus largos brazos, zarandeó a Axel anunciando:

—Vamos, preparaos, muchachos, que ahora nos toca a nosotros... Tu guardia y la mía.

—Sí, y yo al puente... arriba —dijo Cocky saltando de su litera. Axel no se había recobrado aún de su asombro y murmuraba:

—Niebla, frío, mermelada, submarinos, espías... ¡caramba!

La idea de que la astucia de los hombres es mucho más aguda de lo que se supone, se había hincado en los sencillos cerebros de los marineros, predisponiéndoles a las peores sospechas y haciéndoles fijarse en hechos, fortuitos o no, que les pasaban por alto la inmensa mayoría de las veces.

Así, pues, cuando Driscoll subía a la cabina de piloto, lanzó una mirada al despacho reservado a los oficiales, pudiendo ver a Smitty entregado a la más sospechosa de las faenas. Smitty había sido encargado de reparar los destrozos que la tempestad había producido en aquella parte del barco y aprovechando la ausencia de los oficiales, tomaba medidas en un mapa con un compás.

¡Con un compás! Driscoll consideraba los compases como muestras de una cultura superior, ¡y Smitty, un simple marinero, sabía manejarlos!... ¿Sería un espía? Se resistía a creerlo. A lo mejor sólo estaba curioseando. Se encogió de hombros, relevó al timonel y poco después se había olvidado del descubrimiento, hasta el punto de que saludó amistosamente a Smitty, cuando éste salió de la cabina.

Naturalmente, Smitty no se percató de la observación de que había sido objeto, porque de otra forma su conducta no hubiera continuado siendo motivo de nuevas sospechas. Al pasar por delante del camarote del capitán lanzó una mirada a su interior y, al ver a alguien en él, se desvió bruscamente de ruta, encaminándose hacia Donkeyman, que contemplaba el horizonte apoyado en la borda.

—Nos acercamos a tierra, Smit-

ty—fueron las palabras de saluta-ción del anciano.

—Sí... Un día y una noche aún.

El acento del marinero, como todo lo que le atafila, llamó la atención de Donkeyman. Era indudable que Smitty estaba excitado por algo. Sus manos tenían el mismo temblor que cuando cogió la botella de whisky en el puerto antillano y los pasaba constantemente por la boca. Por consiguiente, Donkeyman, con la intención de calmarle, interpretó aquel nerviosismo como creyó más conveniente.

—No te preocupes por eso, Smitty. Todo irá bien. Siempre hay alguien que se pone nervioso al llegar a puerto por primera vez.

—Gracias por la intención, Donkeyman — le repuso Smitty con amargura— Supongo que te agradaría verme temblando de miedo.

—No quise decir eso—se excusó el viejo lobo de mar.

Súbitamente, en un arrebato de impaciencia, Smitty le dió la clave de su comportamiento, no sólo en aquel instante, sino de los sucesos que subsiguieron a aquella conversación, pues gritó:

—¿Tú no has bebido nunca? ¿No estarías nervioso si hubieses dejado la bebida? ... ¿Y si luego volvieses otra vez, porque...?

Se interrumpió antes de descubrir el secreto de su vida y, haciendo un gesto de impotencia, agregó:

—¡Oh! ¡Es inútil hablarte, porque no sabes a lo que me refiero!

Pero Donkeyman tuvo una contestación asombrosa. Y al hablar no lo hizo para alardear de perspicacia.

—Sí, lo sé... Sigue mi consejo: no bajes a tierra. Yo siempre me quedo a bordo y no estarás solo. Allí es siempre peor; tendrás el miedo que dices, ¿verdad? Quédate y no te marches, Smitty. No vuelvas a emborracharte para ahogar los recuerdos.

Pero Smitty negó con la cabeza.

—No. Voy a alistarme.

—Claro, en la Marina.

—¿La Marina? — exclamó como asustado—. No, me iré al Ejército, si me admiten.

Y dicho esto, se apartó de Donkeyman. Cruzó la cubierta hasta el camarote del capitán. Una vez estuvo a su puerta, miró en todas las direcciones. No había nadie. Entró.

A pesar de la penumbra se dirigió sin vacilar al escritorio del capitán, uno de cuyos cajones abrió, sacando una botella de él. Bebió un buen trago y respiró. Iba a beber de nuevo, cuando apareció Cocky. Smitty sólo tuvo tiempo para ocultar la botella en el cinturón, entre el pantalón y la camisa y dijo luego precipitadamente:

—Estaba buscando mis papeles. Los dejé en el puente de mando...

Y sin preocuparse de averiguar la reacción del camarero, se alejó con paso rápido. Cocky, debido a la lectura del periódico, no dió crédito a la excusa de su compañero. Buscó sobre la mesa y encontró un libro, cuyo título leyó con dificultad.

—Código Internacional de Señales.

Meditó un momento y sacudió la cabeza como diciendo: «Es lo que yo suponía». En aquel instante se presentó el capitán y soltó el libro como si fuera un ascua.

—Ya está listo, señor—anunció el camarero, indicando el desayuno.

Después desapareció para meditar a solas las posibles consecuencias de su descubrimiento.

En esta situación llegó la noche y los tripulantes se entregaron al descanso. Smitty se incorporaba de vez en cuando y procurando no ser visto apuraba la botella robada del escritorio del capitán. Cuando la terminó, hizo girar el perno del ojo de buey, camuflado por Axel, y arrojó la botella vacía al mar. Y antes de volverse a tumbar estuvo mirando el efecto de la luz en el agua, olvidado de toda precaución a causa del alcohol.

Axel estaba de punto en popa y escudriñaba las tinieblas. De pronto, a sus pies, vió salir un chorro de luz. Se frotó los ojos y se inclinó sobre la cuerda que servía de barandilla. La luz seguía brotando, con intermitencias, como si transmitieran un mensaje mediante el alfabeto Morse. Lleno de pánico empezó a correr hacia el compañero de proa para comunicarle su alarma.

Smitty levantó la cabeza hacia la tapadera metálica del ojo de buey que se abría y cerraba al compás del balanceo del barco y la cerró de golpe, sin tomarse la molestia de atornillar el perno que la sujetaba.

Mientras tanto, Axel había llegado despavorido a Scotty. Este se sorprendió de aquella infracción de la disciplina.

—¡Eh! ¿Por qué no te quedas en tu sitio?

—¡He visto luz procedente del barco!—exclamó Axel.

El índice de Axel señaló el casco de la nave.

—¡Ahí mismo!... ¡Si la ven los submarinos, se acabó!

Scotty se abalanzó sobre la borda y miró en la dirección indicada.

—Yo no veo nada.

En efecto, no se percibía luz alguna. Axel había estado soñando. Pero Axel se obstinó:

—Sí, se encendía y apagaba. Yo lo vi. Alguien estaba haciendo señales.

—Tú estás loco.

—¡No! ¡Qué caramba!... Yo vi la luz.

Scotty creyó oportuno apaciguar su excitación y dijo con suavidad, empujando a Axel hacia su puesto:

—Bueno, bueno. Vete de aquí antes de que te vea el capitán. Y sigue vigilando.

Y esto fué lo que hizo Axel, mirando insistentemente hacia el lugar por donde había salido el chorro luminoso. Luego levantó la tapa de la sentina y contempló el castillo de popa. Todos sus compañeros dormían. ¿Qué misterio era aquél?

Llegó el momento del cambio de guardia y Driscoll entró en el camarote con otros marineros. Olsen, Smitty y otros se ponían los chaquetones para subir a cubierta.

—¿Sales de guardia, Smitty? —preguntó Driscoll.

—Sí, y Olley también.

El sueco se estaba calzando.

—Vamos, muchachos, arriba y vigilad bien—encareció Driscoll.

—¿Hay peligro?—inquirió Smitty.

—Por aquí puede haberlo—contestó Driscoll.

Cocky, que contemplaba con curiosidad a Smitty, se sentó en su litera e intervino en la conversación.

—Si viene un submarino—dijo—y nos lanza un torpedo, no sé que va a pasar.

—¿Y cómo puedes evitarlo, Cocky?—se rió Smitty.

—Pues vigilando bien y nada más.

Olsen y Smitty se encaminaron hacia la entrada del camarote. Scotty declaró con intención:

—No solamente hemos de temer a los submarinos.

—Eso es lo que yo digo—agregó otro marinero.

—Sí, a medida que nos acercamos, hemos de temer a las minas —supuso Smitty.

Pero sus camaradas no querían aludir precisamente a las minas, sino al sospechoso comportamiento de Smitty, que, con suma inocencia, terminaba de vestirse.

—Tampoco me refería yo a las minas—aseguró Scotty.

—Tu guardia, Olley.

—Ya voy—gritó Olsen, desapareciendo.

En el momento en que Smitty se disponía a salir, Driscoll, que se había contagiado de las sospechas de sus amigos, le cerró el paso y dijo lentamente, sin apartar los ojos de la cara de Smitty:

—¿Fuiste siempre marinero?

—¿Eh?... Sí, sí, claro.

Para disimular la turbación que le producía la pregunta se marchó de prisa. Hubo un momento de silencio tras su partida. Todos miraban pensativos hacia el lugar por

donde había salido. Driscoll meneó la cabeza y exclamó:

—No acabo de entender a este tipo.

—Ni nosotros tampoco—convino Cocky.

Alguien levantó la tapa del respiradero del camarote. Driscoll dándose cuenta de ello, gritó:

—¡A ver esa luz!

—Lo siento, Dris — contestó Axel, dejando caer la tapa por donde había estado observando lo que ocurría en el camarote.

—¿Sabéis lo que vi que estaba haciendo?—preguntó poco más tarde Cocky.

—¿Qué?

—Revolviendo los libros de señales del capitán.

—El asombro les pegó la lengua al paladar. Scotty fué el primero de rehacerse de él y comentó con lentitud:

—¡Ah!... Eso es interesante.

Axel había regresado en aquel instante y había podido oir esta parte de la conversación. Asoció la noticia dada por Cocky con sus propios temores, notando que concordaban.

—Eso no es nada — chilló—. Cuando oigáis lo que he visto yo.

Le rodearon con ansiedad. Axel, dándose importancia, continuó:

—Yo... he visto una luz. Se encendía, se apagaba y desapareció.

Un marinero interrumpió el interesante relato de Axel, para pedirle un objeto que necesitaban en cubierta. Cuando Axel se lo hubo entregado y pudieron charlar con entera libertad, Scotty dió un paso hacia el pequeño marinero y, poniéndole una mano en el hombro, ordenó:

—Repite eso... ¡Eso es muy grave!

Axel guardó silencio, Cocky, cuyo cerebro había buscado activamente una explicación, exclamó:

—Como el barco no hace señales pudo ser algún reflejo de cubierta.

Pero su empeño en no hacerle caso, cuando quizá todos corrían un gran peligro, sacó a Axel de sus casillas.

—¡Os digo que vi una luz! Se apagaba, se encendía, como si fuera un mensaje.

—Y además, otra cosa...—dijo Scotty.

—¿Qué?—preguntó Cocky.

—Yo pensé primero... — continuó Scotty vacilando.

—Sí—le animó Axel.

—Pensé que Axel veía visiones, pero...

Nuevamente se detuvo. Cocky estaba sobre ascuas y gritó:

—Pero, ¿qué?

—Quise asegurarme. Vine con precaución por cubierta, bajé y vi...

Desde la litera de Driscoll salió

un rugido de ira. Su propietario había encontrado en ella algo que había despertado su furor, haciéndole refunfuñar:

—¿Qué es esto?

—¿Qué te ocurre, Drisc? — preguntó Scotty.

—¿Quién es el que ha puesto esto encima de mi litera?

Les enseñaba un grueso volumen.

—Smitty—dijo alguien.

—A ver si encontráis otro sitio donde dejar vuestras cosas para que no estorben.

Entonces se fijó en el título del libro. Trataba de la navegación por los parajes por donde surcaba el «Glencairn». Otra evidencia. Driscoll se quedó atónito como los demás. Axel, que había leído por sobre su hombro, le preguntó:

—¿Tú que opinas, Drisc? Smitty es un buen chico.

—¿Tú crees?

Driscoll, a pesar de haber presenciado los raros manejos de Smitty en el puente de mando, cosa que no deseaba explicar a nadie, compartía la opinión de Axel. Las cosas eran mucho más sencillas de lo que sus amigos estimaban; por lo tanto, repuso:

—Claro que lo es. Estáis todos nerviosos... ¡Esta maldita niebla! No avanzamos nada y no puede encontrar quien quiera. Este es mi último viaje mientras dure la guerra... —de repente también demostró su nerviosismo, diciendo con rabia—: No me interesa ese veinticinco por ciento de aumento. Nos tienen aquí como en una ratonera y puede...

—¿Tú crees que Smitty es buena persona?—le atajó Scotty.

—Oíd, muchachos—suplicó Driscoll.

Pero lo que iba a decir no pudo ser escuchado jamás, pues Axel señaló el ojo de buey abierto por Smitty, gritando:

—¡Mirad ése es!... ¡Ese ojo de buey!

Smitty no había, como queda dicho, cerrado el ojo de buey con el perno. Únicamente lo había encajado y el vaivén del barco lo había vuelto a abrir, lanzando al exterior intermitentes ráfagas de luz.

—¿Estáis todos locos? — gruñó Driscoll.

Pero a pesar de su interpelación, empezaba a notar que en él crecían las sospechas de los demás. Driscoll y Scotty abrieron de par en par el ojo de buey intentando ver en el exterior lo que podía haber motivado el hecho de abrir la lumbrera, a pesar de las órdenes recibidas. No descubrieron nada.

Desde cubierta alguien chilló como un energúmeno:

—¡Eh!... ¡Apaga esa luz, idiota!

Scotty obedeció prestamente y luego se reunió con sus compañeros, que aguardaban a que Driscoll emitiera su parecer. Las mandíbulas del irlandés estaban apretadas y sus ojos lanzaban destellos peligrosos. Y señalando al ojo de buey, preguntó:

—¿Quién duerme ahí?

—Smitty—fué la contestación.

Silencio. Axel se frotó las manos muy excitado.

—¿Por qué haría eso Smitty? —murmuró—. Yo lo vi bien claro. Se encendía y se apagaba, como si fuera una señal.

—A ver si está ocurriendo algo aquí...—dijo Driscoll.

—Así es como trabajan todos los espías—anunció Cocky con aire de saberlo de buena tinta.

La palabra «espía», hizo abrir mucho los ojos a Driscoll, pero aun vacilaba. Scotty exclamó con rudeza:

—Quizá no le creas tan bueno cuando te diga lo que yo vi.

—Bueno, bueno; habla... Explícate de una vez y no lo confundáis todo—rogó Driscoll llevándose las manos a la cabeza que parecía querer estallar.

Scotty llamó a Axel:

—Tú vigila la puerta y avisa si se acerca Smitty.

—Sí—asintió Axel.

Pero en lugar de ir a la puerta de cubierta, donde podría dar la voz de alerta, se quedó en el umbral de la del camarote, fascinado por las sucesivas revelaciones que daban un nuevo aspecto a su vida. Tomadas estas disposiciones, Scotty contó:

—Me asomé a la puerta y le vi escondiendo una caja debajo del colchón.

Cocky creyó llegado el momento de hacer también revelaciones. Con aire de satisfacción anunció:

—Y yo le vi en el camarote del capitán mirando el Código... El Código Internacional de Señales.

Las pruebas eran abrumadoras y Driscoll tuvo que aceptarlas. Sin decir una palabra se acercó con Scotty a la litera de Smitty y rebuscó en ella hasta encontrar la cajita que él sospechó había llevado consigo en su intento de fuga. Driscoll la contempló pensativo, mientras los demás retrocedían. Todos habían tenido el mismo pensamiento. La caja debía de tener un explosivo de terrible potencia.

Ten cuidado, Driscoll —le avisó Scotty.

—Calla—ordenó éste.

—¡Caramba! ¡Caramba!—rezongó Axel.

Esto atrajo sobre él la atención de Cocky, que se había encaramado a su litera.

—Tú debías estar en cubierta—le amonestó.

—¿Para qué, si vamos a volar todos?—replicó Axel.

Las manos de Driscoll temblaron un momento. Todos los presentes estaban lívidos. Su inquietud se comunicó al fornido marinero, aunque intentó gallear:

—¿Es que tenéis miedo? Vamos, no gritéis como mujeres, no tembléis como niños en la obscuridad por ver esta caja... Claro que es una cosa algo extraña al parecer, pero...

La depositó sobre la mesita del camarote y se puso a contemplarla. Sus compañeros hicieron lo mismo, desde una distancia prudencial. La caja les fascinaba. Scotty comentó:

—Una cajita muy bonita, desde luego. Pero, ¿qué crees que tendrá dentro?... ¡Seguramente un explosivo!

—Sí, parece un asunto bastante feo—convino Driscoll pensativo—, pero queda un consuelo... ¡el traidor es inglés!

Cocky, que también lo era, intervino rápidamente dispuesto a defender el honor de su nación a sangre y a fuego.

—¿Quién ha dicho que es inglés? Yo he conocido a muchos, tan americanos como vosotros, que han residido mucho tiempo en Londres y que hablan el inglés tan bien como yo.

—Lo que yo digo — puntualizó Scotty—, es que habla el inglés demasiado bien.

—Eso es verdad — aceptó Cocky—; siempre emplea las frases más adecuadas y correctas.

—Oye, Driscoll — dijo Scotty—. ¿crees tú que es franco con nosotros como un buen compañero? No; siempre es reservado como si escondiera algo...

Cocky tuvo una ocurrencia que mereció el aplauso general. Opinó:

—Su mismo nombre, eso de Smitty. Apuesto todo lo que tengo que cobrar a que su verdadero nombre es Schmidt.

—Schmidt, eso es!... ¡Schmidt! —gritó Axel.

Un apellido alemán. Driscoll no quería dar su brazo a torcer, pero no podía menos que ceder a la evidencia. Se rascó la cabeza, sin apartar los ojos de la caja, y anunció:

—Amigos, me está pareciendo que vais a tener razón.

—Decidiría volver, después de trabajar en los Estados Unidos —apuntó Axel.

—Intentó marcharse antes de zarpar, pero los policías volvieron a traerle a bordo—recordó Cocky—; eso ya debió ponernos en guardia.

—Yo creo que intentaba hacer volar el barco cuando le cogieron —declaró Scotty.

Driscoll ya estaba convencido. Alargó lentamente las manos y se apoderó de la caja, gesto que hizo retroceder a los demás, aunque no les asustó tanto, que perdieran su curiosidad.

—Bueno, yo nunca tuve miedo de nadie ni de nada...—dijo Driscoll.

—Cuidado, Drisc — gritaron todos.

—Vamos a ver qué hay.

Se abrió paso entre sus compañeros saliendo al pasillo seguido de ellos, sin hacer caso de sus advertencias.

—Vamos, fuera de aquí todos —ordenó—. A ver ese cubo de agua.

Un marinero puso en medio del pasillo el cubo de agua que les servía para lavarse. Luego retrocedieron, quedándose a la expectativa y prodigando consejos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Ahora veréis.

—Driscoll, ¿no habrá peligro en eso?

—Vamos a ver...—dijo Scotty.

—¡Atrás!—gritó Driscoll.

Y después de haber aspirado una buena bocanada de aire, dejó caer la caja en el cubo. El salpicón de agua asustó a algunos. Driscoll se inclinó y miró a la caja.

—¿Se ve lo que es, Drisc?

—¡Ahora ya no podrá hacernos volar!—gritó Axel con salvaje alegría.

Seguros ya de que el explosivo quedaba inutilizado, los demás empezaron a fanfarronear y a burlarse de Axel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tienes miedo, amigo?

Driscoll trasladó con gran solemnidad el cubo de agua al camarote, depositándolo sobre la mesita. Después de unos segundos de reflexión, comunicó:

—Bien, ahora hemos de hablar con él.

—¿No te parece que será mejor que...?—preguntó Scotty.

—Lo mejor es llevarle al viejo —le interrumpió otro marinero—y que él decida lo que se hace.

—El capitán decidirá; pero primero hemos de hacerle algunas preguntas por nuestra cuenta—objetó Driscoll.

—¿No estás aún convencido? —protestó Scotty.

—No se puede sentenciar a un hombre sin oírle primero, diría Yank —declaró noblemente Driscoll.

—Vamos a por él.

Cocky, Axel y los menos emprendedores se quedaron en el camarote en espera de los nuevos acontecimientos. Cocky fanfarroneaba, ase-

gurando que no existía nadie capaz de engañarle.

Para los vigorosos marineros fue un juego de niños apoderarse del descuidado Smitty, llevarle en volandas desde la cubierta al camarote y atarle las manos, dejándole a la custodia de Scotty y Davis. Smitty, después de luchar, tuvo que resignarse, pero les amenazó:

—Si es que estáis de broma, yo os enseñaré a jugar.

—¡Bonito juego nos tenías preparado!—le contestó Scotty.

—Tendréis que explicaros—ordenó el espía.

—Eres tú quien tiene que explicarse, ¿no es así, señores?—intervino Driscoll—. Fíjate en esto, ¡maldito traidor!... ¿Qué es?

Y exhibió triunfalmente la caja encontrada debajo de la colchonera de Smitty. Este, al ver aquello en sus manos, hizo esfuerzos desesperados por soltarse y Scotty y Davis le derribaron a la litera.

—A ver qué explicación nos da ahora—dijo satisfecho Cocky.

—Eso es mío — afirmó Smitty, conteniendo su rabia—. ¿Qué haceis vosotros con mis cosas?

—¿Qué contiene? ¿No quieres decirlo francamente? — inquirió Driscoll.

—Eso es cosa mía — se obstinó Smitty.

—No... Pues ahora va a ser cosa nuestra. Quitadle las llaves. Ya verás cuando la abramos—anunció Driscoll.

El atado hizo hercúleos esfuerzos por romper las cuerdas que le retenían, aullando:

—¡No abras eso, Driscoll! Si lo intentas, aunque se me rompan las manos, voy...

Pero Scotty ya se había apoderado de las llaves y Driscoll buscó la adecuada, mientras los demás marineros afeaban a Smitty.

—Calla, que ya sabemos que eres un espía.

—Sí, lo sabemos.

—Lo llevas en la cara—concluyó Driscoll—. Tenías esta caja en tu colchón para colocarla cuando lo creyeses oportuno.

—¿Qué estáis diciendo?—protestó Smitty—. La guardé ahí para poder cogerla rápidamente en caso de que nos torpedearan. ¡Debéis estar locos!

Pero sus protestas molestaron a los impacientes marineros y le pusieron una mordaza, sin hacer caso de la súplica que brillaba en los ojos de Smitty, cuyas venas del cuello parecían estar a punto de reventar.

Mientras le amordazaban, Driscoll encontró la llave de la caja, la abrió y sacó un paquete de cartas.

Hubo un suspiro de alivio y de desencanto. No era un explosivo.

—Por eso le interesaría ver el Código de Señales—supuso Scotty.

A veces las cartas son peores que las bombas—opinó Axel.

—Seguramente estaría de acuerdo con algún submarino y eso serían mensajes—sospechó Cocky.

—Supongo que estarán en clave —barruntó Driscoll.

Y empezó a desempaquetarlas, sin hacer caso de los confusos sonidos que brotaban de la garganta de Smitty. Cuando estuvieron desatadas, Driscoll leyó con dificultad el sobre de la primera que encontró.

—Aquí está la dirección: Smith, Hendrick.

—Lo mismo da eso que Smitty-Schmidt—dijo Scotty—. Ese es su nombre verdadero, aunque ya comprenderéis que no lo iba a usar, ¿verdad?

—Al parecer es un señor extranjero—prosiguió Driscoll.

Luego deletreó con dificultad: Berlín.

—¡Berlín!—estalló Cocky—. ¡Ya sabía yo que esa carta venía de Alemania!

Todos suplicaron a Driscoll que la leyese en voz alta. Smitty quiso levantarse, pero le sujetaron. Entonces su cabeza se desplomó sobre el pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas, ruborizándose durante la lectura.

—«Querido Tom: Me dijo Clive que él salió de Gibraltar antes de que tú salieras para Malta. No me dijo nada más, pero yo estaba muy angustiada, intranquila, hasta que llegó tu carta. No hay más que una cosa, querido Tom, que pueda hacernos desdichados, y es esa sombra negra...»

—¡Sombra negra! — exclamó Cocky.

—Palabras de clave — dijo alguien.

Todos estuvieron conformes en que había dado en el clavo y animaron a Driscoll a que prosiguiese la lectura, cosa que hizo después de lanzar una profunda mirada al inerme Smitty.

—«... Cuando te asalte la tentación, ahuyéntala pensando en los que te quieren, en Tommy, en Isabelita y en tu Isabel»... Isabel esa es la firma. ¡Es raro!

—¿Qué significará eso?

—Fijaos. ¡Aquí hay otra dirigida a este barco!... Vapor «Glencairn». Esa habrá tardado cinco meses en llegar del extranjero.

Driscoll tornó a mirar a Smitty. Ya parecía haberse resignado. Scotty se pasó la lengua por los labios e hizo su apretón menos duro...

—Tampoco está muy clara—pro-

siguió Driscoll—. Es de la misma mano, aunque algo temblona... «Querido Tom: Gracias a tu encuentro casual con Harrym, sé adónde puedo escribirte. Ahora veo que no has dejado de beber, que no has podido dejarlo; pero me engañaste en tu carta, si bien sé que lo hiciste para llevar tranquilidad a mi ánimo con la esperanza de seguir luchando y de que fuese verdad lo que decías. Sufro pensando en tus sufrimientos y poco me faltó para morir de pena al leer tu carta, como un mensaje de la tumba, diciendo que, por mi propio bien, no volverías jamás a Inglaterra. No, cariño mío, vuelve aquí a rehacer tu vida. No hay desgracia que no podamos soportar y vencer estando juntos. No quiero decir a los niños lo que tú deseas: que su padre ha muerto. No puedes hacerme esto, porque te quiero... Tom, Tom, tienes que volver a nuestro lado. Isabel.»

Scotty, durante la lectura se había apartado de Smitty, lo mismo que Davis. Driscoll, a pesar de que se había percatado de que había cometido un error fatal, concluyó la lectura de aquella carta que hablaba del amor de una mujer y del martirio de un hombre que, incapaz de vencer a sus pasiones, había querido ocultarlas incluso a sus más íntimos compañeros, como muestra de un resto de su pasada caballerosidad.

Driscoll, para que no quedase duda alguna respecto a la personalidad de Smitty, leyó el matasello de la carta a sus avergonzados compañeros, que, poco a poco, se iban alejando de Smitty.

—«Su Majestad el Rey se ha dignado a autorizar la emisión de esta...»—y Driscoll se calló, para rugir luego:— ¿Para qué habéis hecho que la lea? ¡Marchaos, imbéciles, marchaos de una vez!

Le obedecieron, no por temor, pero porque compartían en todo los sentimientos de Driscoll. Desataron a Smitty y ocuparon sus literas.

Smitty se puso de pie, recogió su gorra y subió lentamente a cubierta. El pudor moral de sus compañeros, el no tener que ocultarles nada, el sentirse tan hombre como ellos le había purificado el alma. Levantó la manta que servía de cortina y se dirigió hacia su puesto. ¡Sabía que, después de aquella terrible prueba, estaba salvado! Empezó a pasear. Al verle Olsen se acercó un poco a él y le gritó:

—¿Todo va bien, Smitty?

—Todo va bien, Olley—contestó con íntima alegría.

El gigantesco sueco giró sobre sus talones y reanudó su paseo, lo mismo que Smitty, mientras el barco hendía el mar y la niebla.

EL ATAQUE

SE acercaba el momento de entrar en puerto británico y, como para aumentar esta alegría, el sol lucía esplendoroso, iluminando la cubierta del «Glencairn» por entre las nubes.

Los hombres tomaban el sol en grupos, bien apoyados en la borda, bien tumbados en la cubierta sobre mantas. Olsen y Driscoll se contaban entre estos últimos y aspiraban con delicia el aire, canturreando entre dientes. Todos sus temores no se habían visto justificados hasta entonces. Quizá no se realizarían.

Driscoll dijo con pereza:

—Olley, ya llegamos.

—Sí—contestó Olsen, con expresión ensoñadora.

También Driscoll estaba en la misma disposición de ánimo, como siempre que los barcos que navegaban se acercaban a tierra. ¿Lograría quedarse en tierra para siempre? ¡Qué bella es la tierra!

Murmuró dando suelta a toda la ingenua poesía de su alma:

—¿No percibís el olor de la tierra?... Olor dulce y violento... Los campos, las selvas, los prados verdes.

Y alargó los brazos hacia adelante, cosa que Axel, sentado en el techo de una cabina, creyó oportuno corregir diciendo:

—Inglaterra está en esa dirección.

—¿Quién te ha preguntado...? —gruñó el lírico marinero.

Axel optó por guardar silencio, pues el lirismo de Driscoll era compatible con los buenos puñetazos.

Smitty, un Smitty rejuvenecido, salió a cubierta y se acercó a Donkeyman y a Scotty que estaban contemplando el horizonte.

De repente, de entre las nubes brotó el rumor de unos aviones. Los marineros levantaron la cabeza perezosamente hacia el cielo. No se veía a los aparatos. Los marineros corrieron a la borda, pero algunos de ellos no prestaron gran atención.

El capitán y los oficiales del barco salieron al puente de mando y escrutaron el cielo con sus gemelos, pero también sin resultado positivo. Los aviones seguían acercándose al barco.

—¿Ve usted alguna cosa?—preguntó el capitán.

—Vuela sobre las nubes—se excusó el primer oficial.

—Deben de ser de los nuestros, que vendrán de patrulla—opinó el segundo oficial.

Esto último era razonable dada la proximidad de la costa británica y las noticias que tendría el gobierno inglés del cargamento del «Glencairn». Por consiguiente, los oficiales entraron en la cabina de mando para continuar estudiando la ruta.

Pero, de pronto, se oyó el rugido creciente de un motor que vuela en picado. Y una detonación formidable sacudió el barco, haciéndole cabecear como si estuviera ebrio.

¡Eran aviones enemigos! ¡Y le arrojaban bombas!

Pero el ataque no se redujo únicamente al bombardeo. Se escuchó el tableteo de las ametralladoras y los proyectiles astillaron la cubierta en el espacio que existía entre Olsen y Driscoll.

Los dos se pusieron en pie de un salto y corrieron a parapetarse, mientras una nueva bomba enviaba un diluvio de agua del mar sobre los asustados marineros. Otra vez la ametralladora, astillando la cubierta de la sentina. Todos se estremecieron, pues si lograban perforarla las balas, balas incendiarias, el fuego se propagaría al cargamento de municiones y saltarían en pedazos.

Algunos marineros patinaron y se contusionaron. Estaban indefensos. No podían responder al ataque. Únicamente debían esperar a que el avión les acertase o que su provisión de bombas se terminase.

Una nueva bomba envió rodando por el suelo a Axel, que corría en dirección de Olsen. Cuando se puso en pie, el pequeño marinero crispó su puño y gritó con rabia amenazando con él a sus agresores:

—¡Insolente! ¡Malvado! ¡Asesino!...

Las balas empezaban a realizar su obra. Toda la cubierta, en distintos lugares, despedía columnillas de hu-

mo. Los marineros se multiplicaban, corriendo de una parte a otra con mangas y hachas.

—¡Ahí viene otra vez!

Todos hicieron cuerpo a tierra y una nueva rociada de proyectiles se hincó en el maderamen. La cubierta de la santina empezó a arder.

Unicamente Olsen fué capaz de hacer frente al pánico. Corrió con un hacha en una mano y una manga de riego pasada sobre un hombro hacia la cubierta de la santina, y empezó a dar hachazos y a regar las tablas, despreciando su vida por la de sus compañeros.

Ya estaba terminando de apagar el fuego, cuando otra descarga le obligó a tirarse de bruces y a repetir la tarea anterior. El capitán, temiendo por la vida de sus hombres, dió una orden a su segundo, que gritó por el altavoz:

—¡Preparen los botes!

Smitty, que había contemplado impasible el ataque, gritó a Driscoll, agazapado tras una cabina:

—Echame aquí una mano. Arriaremos éste con cuidado.

Driscoll le obedeció y entre ambos quitaron la lona que cubría la embarcación. Otra descarga y Driscoll saltó a cubierta, sin preocuparse del bote. Unicamente Smitty conservaba su sangre fría; dándose cuenta del aturdimiento del piloto, aulló con todas las fuerzas de sus pulmones y con el imperio de un jefe:

—¡Cambie la ruta! ... ¡Haga zigzags, hombre, haga zigzags!

A renglón seguido los aviones regresaron a su base. El ruido de sus motores pronto fué únicamente un zumbido que la distancia amortiguaba.

Aquella misma noche, en el muelle de Liverpool, los hombres del «Glencairn» contemplaron una extraña escena a la cruda luz de los faroles.

En tierra, una mujer enlutada y dos niños oían las palabras del capitán. Los sollozos estremecían a la mujer. La voz del capitán resonó gravemente en el silencioso muelle.

La mujer y los niños pasaron por delante de los marineros, acodados en la borda. No se fijaron en los compañeros de su marido y de su padre. Llevaban en su interior una gran pena. Momentos después subieron a un lujoso automóvil, que arrancó sin hacer ruido.

Aquello fué lo único que los marineros supieron de Smitty.

—¡Por fin se quedó Smitty en Inglaterra!—murmuró Scotty.

—¡Se fué! — corrigió Axel—. Otro... otro se fué.

Y sus palabras tenían una tristeza infinita.

EN EL PUERTO

PERO poco más tarde se había olvidado de su tristeza y de sus pesares. Estaban en el camarote del capitán recibiendo su bien ganada paga. Sólo faltaba que cobrasen Olsen y Driscoll y se verían libres. Todos les esperaban para bajar al mismo tiempo del barco.

Olsen se adelantó y alargó la mano hacia los billetes que le entregaba el oficial, que dijo:

—Aquí tienes. Hasta el último céntimo. Pon aquí una cruz.

—Ya sabe escribir, señor—advirtió alguien.

En efecto, Olsen firmó sin vacilaciones. El capitán preguntó al muchacho:

—¿Quieres firmar para el viaje siguiente, Olsen?

—No, señor. Esta vez me voy a casa. Gracias — respondió amablemente el sueco, regresando entre sus compañeros.

—Bueno—dijo el oficial y agregó—: Aloisius Driscoll.

—Aloisius Driscoll — corrigió el nombrado, adelantándose.

El capitán le entregó su paga y le dijo con cariño:

—Cuando te gastes ese dinero, ya sabes que tenemos una litera para ti.

Driscoll sonrió, pero no dijo nada. Todos habían recibido ya su salario. Faltaban las palabras finales de la oficialidad y luego serían libres. ¡Libres!

—Si alguno de vosotros quiere firmar para el próximo viaje antes de bajar a tierra, que lo haga.

Nadie avanzó. El capitán les despidió con un gesto. El oficial, indignado, masculló:

—¡Cobardes!

—Yo firmaré, señor — dijo un hombre que había permanecido en el camarote.

Era Donkeyman. El oficial le alargó un documento, trazó el anciano su firma y salió a cubierta.

—¿Cuántos tenemos, oficial? —preguntó.

—Este es el único, señor.

—Ya lo veo, ya lo veo.

Todos los finales de viaje eran idénticos.

Los marineros se precipitaron al muelle, gritando alborozados. Sus voces y maldiciones sonaban alegremente. Axel, en cubierta, cosía algo al forro de la chaqueta de Olsen, tumbado en el suelo y con el loro al lado. Cuando hubo dado la última puntada, Axel dió una palmada en el hombro del sueco y exclamó:

—¡Ea, ya está! Así no gastarás el dinero. Ese es para ella.

Olsen le derribó amistosamente la gorra y bajaron apresuradamente al muelle, donde sus camaradas les reclamaban. Todos se dirigieron hacia una calleja que desembocaba cerca del lugar en que había atracado su barco. Driscoll reclamó silencio y, una vez hecho, habló de la siguiente manera:

—Lo primero que haremos será poner a Olley camino de su casa.

—Gracias, Drisc — agradeció el aludido.

—Luego a divertirnos todos por ahí—completó Scotty.

—A pasarlo bien; bastantes malos ratos hemos soportado.

De la sombra surgió un hombrecillo de edad mediana, de aspecto rastrero, que vestía una gabardina y llevaba un sombrero hongo. Se metió entre los marineros al oír las últimas palabras y ofreció:

—Yo puedo llevaros a un sitio donde os vais a divertir de lo lindo.

—Eso desde luego... — contestó mecánicamente Driscoll, que luego exclamó—: ¡Oiga! Pero, ¿quién demonios es usted y de dónde sale?

El hombrecillo se quitó el sombrero hongo y sacó una tarjeta del bolsillo.

—Nicky es mi nombre. Todos los marineros me conocen. Aquí está mi tarjeta... Un sitio alegre; se puede bailar con chicas muy lindas; no va nadie a molestar y encontraréis allí el mejor whisky que hay en Londres.

—¿Seco?—se burló Driscoll.

Los demás se rieron del hombrecillo y le apartaron de un manotazo, esperando las órdenes de Driscoll. Este decidió:

—No haberamos nada... hasta

que dejemos a Olley en el barco que va a su tierra.

—Bien dicho, Drisc —aprobó Scotty.

Nicky tornó a insistir en que le siguieran, pero le rechazaron, continuando su camino por el muelle. Ante todo tenía que procurar que Olley embarcase sin probar una gota de licor. Pasaron ante un gran vapor, cuyo nombre preguntó Driscoll, porque había despertado sus recuerdos.

—«Amindra»—leyó Cocky en el casco de la embarcación.

Cerca de la borda había dos oficiales malencarados, que habían oído la pregunta de Driscoll. Uno de ellos anunció:

—Zarpamos esta noche para las islas. Aun necesitamos un marinero.

Driscoll repitió el nombre del vapor, como buscando qué relación había tenido con él. Al levantar la cabeza hacia el oficial que había hablado, le reconoció así como al barco, y dijo a sus amigos:

—Peor que un campo de concentración. Trabajo continuo, día y noche, y malos tratos sin protestas... No me extraña que no podáis completar la tripulación.

—Cuida que no esté tu nariz a mi alcance —le avisaron desde el barco—, te lo advierto.

Pero Driscoll contestó con una carcajada despreciativa, que corearon sus compañeros. Y se internaron en la ciudad, sin ver que el capitán del barco hacía una seña a Nicky, describiendo después, mediante unos ademanes, a Olsen.

Gritando y cantando llegaron a una agencia de vapores suecos.

—Ahí es donde se compra el billete—advirtió Axel.

Los marineros designaron a Driscoll para que lo comprase con el dinero que le entregó Axel. Poco después salía de la agencia con aire satisfecho y entregaba el billete al diminuto compañero de Olsen.

Axel, después de apostarse bajo una farola, cosió el billete y el dinero sobrante al forro de la chaqueta de Olley y exclamó:

—Ea, ya están los billetes... Tienes dinero, tienes pasaje para Estocolmo. ¡Cuidado con perderlos!

—Ya está, todo arreglado—dijeron satisfechos.

El rostro de Driscoll revistióse de una grave expresión al comentar:

—Ahora, amigos, nos queda algún tiempo por delante.

Nicky, que se pegaba a ellos como si fuera su sombra, aprovechó la ocasión para aprovecharse del estado de ánimo de los marineros.

—Bueno, esta es la ocasión de que vengáis conmigo. Mientras esperáis la hora de salida del barco, en ningún sitio estaréis mejor que

donde yo os he dicho, os lo aseguro. Lo mejor es que vengáis todos, todos juntos os divertiréis más.

Flaqueaba la voluntad de los marineros. ¡No era cosa de perder algunas horas! Pero tampoco deseaban que Olsen volviera a las andadas y se metiera en algún mal paso. Así, pues, Cocky balbució:

—Pero no podemos... El no puede beber.

—Y nadie beberá hasta que ése esté en su barco, ¿eh? — preguntó Driscoll, con igual inseguridad.

—Sí, sí—prometió Scotty.

—Eso desde luego—afirmó Cocky.

—Claro que... un vaso de cerveza...—vaciló Driscoll—. ¿Vamos a dejar a los otros esperando?

—Y podemos brindar por Smitty.

—Y por Yank.

—Smitty y Yank—murmuró Driscoll quitándose la gorra, gesto que los demás imitaron—. No es mala idea.

Después de beber unas copas en un bar, algunas más en otro y de alcanzar, finalmente, el salvaje grado de excitación que les caracterizaba cuando bebían alcohol, llegaron al bar a que Nicky se empeñaba en conducirles.

Entraron en él como una tromba, derribando sillas y mesas y aporreándose con amistoso vigor entre sí. Driscoll, al estar ante el mostrador, servido por un hombre bigotudo y también con un sombrero hongo atornillado a la cabeza, se detuvo de repente y lanzó un grito.

—Esto está cambiado, pero yo lo recuerdo.

El «barman» le lanzó una mirada de inquietud, que intentó disimular con una forzada jovialidad:

—¡Ah del barco, amigos! ¡Me alegro de ver a los muchachos del tío Sam!

Driscoll saltó como un tigre hacia él y le cogió por el cuello sacudiéndole, mientras decía:

—¡Ah del barco! ¡Ah del barco!... ¡Conque eres tú, granuja! Hace cinco... seis años me robaron aquí hasta el último céntimo y tú tuviste la culpa. Si quieres repetir la hazaña ahora, te voy a...

—Te equivocas, amigo—le avisó asustado el tabernero—. Este es un sitio respetable.

Driscoll le soltó, pero Cocky participaba de las sospechas de su amigo. Y mirando en torno suyo, declaró:

—No sé... Lo mejor es no decirlo, por si acaso.

—Bueno, no importa — aseguró Driscoll tendiendo la mano al tabernero—. Ya pasó y está olvidado. Yo no soy hombre que guarde resentimiento a nadie. Lo que pasó, bien pasado está.

—Vamos a beber algo, yo convido—gritó Cocky.

—¿A qué nos vas a convidar? —preguntaron todos.

Se quedaron pensativos. Si bebían más licor se desencadenaría un infierno y perderían de vista a Olsen, cosa que no querían hacer. El tabernero se impacientó.

—¿Qué va a ser?...

Y Driscoll rompió el fuego:

—Yo quiero whisky.

Los demás pidieron lo mismo. Olsen se apartó de ellos y depositó su equipaje y loritto sobre una mesa. Buscó algo en su bolsillo y de repente lanzó un alarido que asustó a sus amigos.

—¡Mi billete!... ¿Dónde está mi billete?

—Idiota... Mira, ahí lo tienes, ahí—dijo Axel enseñándole el forro de la americana.

—No podría perderlo, sin perder el bolsillo—aseguró Driscoll.

Olsen se tranquilizó y tomó asiento. Pero volvió a hablar en vista de que el estado de embriaguez de sus compañeros iba en aumento.

—Nos iremos pronto, ¿eh? No quiero perder el barco.

—Claro, hombre, puedes estar seguro de que no lo perderás. Te acompañaremos todos al barco—prometió Driscoll—. A ver, ¿quién quiere un vaso grande?

La invitación fué aceptada por mayoría y Driscoll pidió una botella. Nicky, entre tanto, no perdía de vista a Olsen, pues quería cumplir el encargo del capitán del «Amintas». Así pues, se acercó a él mientras el tabernero preguntaba al sueco:

—¿Qué tomas tú, amigo?

—Ese no quiere beber—respondió Axel.

—Que diga él si quiere—intervino Nicky.

Olsen vaciló. Deseaba divertirse con sus amigos, por lo menos en son de despedida. Nicky aprovechó astutamente su duda para animarle:

—Vamos, no hagas caso de ellos. Tú eres el más fuerte de todos. A ver, ponte en pie... vamos, ponte en pie. Eso es, un hombre de una vez y tienes que beber. ¡Va a beber porque le invito yo!

Reinó el silencio en la taberna. Axel separó a Nicky de un tirón. Apenas llegaba a la barbilla a Olsen. Sin preocuparse de esta diferencia, cerró los puños y suplicó a su amigo:

—Olsy, ¡Ten esto!

Olsen aceptó la copa que le entregaba Axel y éste descargó un directo a la mandíbula de su amigo, que cayó sentado, pero sonriendo.

—¡Si tomas una otra copa, te pegaré de verdad!

—Yo estoy de acuerdo con Axel — terció Driscoll—. Que no beba Olley.

—Bueno—dijo Olsen—. Tomaré solamente una cerveza floja.

—¿Qué? ¿Ha dicho una cerveza floja?—se rió Scotty.

—Quiere cerveza floja, quiere cerveza floja—repitió Cocky dando saltos.

Después de esta escena, Nicky desapareció. Pocos momentos más tarde en plena efervescencia de los marineros, regresó acompañado de tres mujeres: Freda, Blice y Magda, a las que saludaron estentóreamente.

—Bienvenidas a la marina—deseó Driscoll.

—¿No nos vais a convidar a algo bueno?—preguntó Freda.

—No tan de prisa, Freda. Vamos a bailar.

Los marineros se disputaron las mujeres, derribaron algunas mesas para hacerse sitio y empezaron el baile al son de la flauta tañida por Axel, a quien Olsen contemplaba con cariño. Cocky y Driscoll prefirieron bailar una danza irlandesa, de manera que Freda pudo acercarse a Olsen.

—¿Tú no bailas?—le preguntó.

—Yo me voy.

El tabernero y Nicky hicieron un guiño a Freda indicándole que le impidiera llevar a cabo su propósito. Olsen murmuró una despedida a Axel, que éste no oyó por estar embebido en la música.

Olsen cogió su maleta y la jaula de su loro y traspuso la puerta. Pero Freda salió en su persecución y le detuvo en el umbral, suplicándole:

—No te vayas; vuelve conmigo.

—No puede ser. Ya tengo que marcharme...

—¿Por qué no esperas aún? ¿Por qué no te quedas aquí conmigo?

—Tengo que tomar el barco para ir a mi casa.

—Pero aun hay tiempo... No tengas tanta prisa. ¿Te esperas? ¿Sí?

—Está bien... La acompañaré un momento—cedió Olsen.

Cuando Nicky vió regresar a Freda con Olsen y que ambos, en lugar de bailar, se sentaban a una mesa, vió llegado el momento de llevar a buen término sus proyectos. Pero como la presencia de los amigos de Olsen era un obstáculo para ellos, voceó:

—¡Eh, marineros! ¡Venios a las habitaciones de atrás! Allí podéis gritar y escandalizar sin miedo, porque no pueden oirnos los guardias desde la calle. Vamos.

Todos aceptaron la invitación y desaparecieron con las dos mujeres. Nicky regresó a la taberna y echó el cerrojo a la puerta por donde habían salido Driscoll y los demás. En el

local reinaba un extraño silencio. Nicky hizo un gesto a Freda.

Esta, para impedir que Olsen se alejase, empezó a hablar nerviosamente:

—¿Qué hacías antes de ser marinero?

—Trabajé en el campo hasta los dieciséis años. Vivíamos... mi madre y un hermano... mi padre murió... Vivíamos en una granja, no lejos de Estocolmo... Ahora tengo dinero aquí, cosido en el bolsillo... ¿Qué le parece?

Se palpaba contento la chaqueta. Su ingenuidad hizo daño a Freda: aquella era la peor cosa que había hecho en su vida por dinero. Sólo pudo replicar:

—¡Oh!... Muy bien — y luego añadió—: Y... seguramente ahora te casarás... Supongo que tienes novia.

El agradable y curtido rostro de Olsen enrojeció ante una pregunta tan directa. Hizo un gesto de duda con la cabeza y contestó:

—Pues, no lo sé, señorita Freda. Yo... yo creo que sí... Bueno, yo... yo...

Intentó ponerse en pie, pero Nicky hizo un ademán a Freda, que palideció y detuvo a Olsen.

—¿Qué prisas tienes? — exclamó—. Aun no me convidaste y seguramente no volveremos a vernos más... Hay que brindar—hizo un gesto de gran señora—. Una ginebra doble, Gerald, para mí, en vaso grande.

—Yo... Tomaré una cerveza floja.

—Una cerveza floja, pequeña —repitió Nicky con desprecio—. En seguida viene.

Olsen miraba sonriendo a Freda. Le hacía gracia el inesperado interés que demostraba por su vida y precisamente él deseaba encontrar a alguien a quien confiar todo lo que esperaba en su patria. De esta forma no pudo seguir la mirada de Freda, que de hurtadillas observó lo que ocurría en el mostrador.

Nicky echaba algo en el vaso de cerveza destinado a Olsen.

Freda habló apresuradamente, procurando distraer al marinero. Pero le remordía la conciencia del crimen que estaba ayudando a perpetrar.

—Bueno... Oye... Dime algo de tu madre... Dime, se alegrará de verte, ¿verdad?... ¿Sabe ya que vas?

—No... he preferido darle una sorpresa.

—Debe de ser viejecita ya, ¿no?

Olsen abrió sus grandes manos y explicó contando con los dedos:

—Mire, señorita Freda, hace ya que no veo a mi madre... ¡hum!... cinco... seis... casi diez años. Yo

le escribo de vez en cuando; ella me escribe continuamente y mi hermano también me escribe... Mi madre dice siempre: «¡Ven en seguida a casa!» Y yo contesto siempre: «En seguida voy...» Y esa es mi intención, pero al terminar el viaje, bajo a tierra, tomo una copa, tomo otra copa... y me embarco para otro viaje más largo... Siempre me pasa lo mismo.

Freda pensó que tampoco regresaría en aquél, porque, a pesar de la voluntad del muchacho, los hombres lo habían dispuesto de otro modo. Estuvo a punto de confesarle la verdad, pero la presencia de Nicky, que se acercaba con unas copas, lo impidió.

—Aquí tienen—dijo el hombrecillo—. Me tomé la libertad de pedir uno para mí.

Olsen hizo un gesto que quitaba importancia al atrevimiento y miró a Freda. Esta levantó con esfuerzo su copa de ginebra y se la llevó a los labios exclamando:

—¡A su salud!

—¡A su salud!—repitió Nicky.

Olsen alargó lentamente la mano hacia su vaso de cerveza y contempló la espuma durante un momento. El corazón de Freda y el de Nicky palpitaron veloces. Pero el muchacho deseó:

—¡A la suya!

Después apuró la cerveza de un trago, dejó el vaso sobre la mesa y continuó su charla.

—Bien, esta vez voy a casa. Ya deseo verla y a la granja y a mi familia...

Se calló pasándose la mano por la frente, vaciló en la silla y prosiguió.

—Ahora... ahora siento deseos de ir allá... Eso es... Y me iré... Esta vez no me embarco... Me iré.

Se apoyó en la mesa, se agarró a la barandilla de la entrada y se puso en pie. Sus ojos se desorbitaron y se abatió sobre la mesa, rodando después al suelo.

Freda lanzó un gemido, mientras el loro decía:

—¡Adiós, adiós!

—¡Llévate ese loro!—gritó Freda desesperada.

—¡Calla!—ordenó brutalmente Nicky.

Luego abrió la puerta interior, hizo entrar a dos hombres corpulentos, que cargaron a Olsen, y salió de la taberna llevándose al loro, tras cerrar la puerta con llave y lanzar una postrera mirada a la llorosa mujer.

HOMBRES INTREPIDOS

AL regresar Driscoll y sus compañeros del interior de la casa, con intención de beber un trago más en la taberna, encontraron cerrada la puerta que ponía en comunicación el pasillo con el local.

—¡Eh!... ¿Qué significa esto? — exclamó Driscoll arrimando el hombro para empujarla.

Pero Davis le apartó de un tirón y propinó dos patadas a la cerradura. Esta como el marco de la puerta saltaron hechos pedazos y los marineros irrumpieron en la taberna como un ciclón. El tabernero se refugió detrás del mostrador y esperó temblorosa a Driscoll, que se precipitaba sobre él.

—¿Dónde está ese señor?... ¿Dónde está Olley?—exclamó.

—¿Quién?—preguntó el tabernero procurando soltarse de sus manos.

—Ese alto. ¿Dónde está?

—¡Ah! Se marchó a tomar su barco—explicó el tabernero—. Dijo que no podía esperar y que os dijese adiós en su nombre.

—Olley se fué a casa — suspiró Axel.

—Yo me alegro—dijo Scotty.

—No está mal Estocolmo—murmuró Cocky—. Aun tenemos tiempo de decirle adiós y de desearle un buen viaje... ¡Vamos!

Pero el tabernero había recibido la orden de retener lo más posible a los marineros, para dejar libre campo a los secuestradores.

—Mejor será que bebáis otra copa a su salud—insinuó.

Todos fueron de este parecer y se llenaron unos vasos. Driscoll, que ya conocía la moralidad del tabernero, se quedó pensativo. Freda se le acercó llorando, con la gorra de Olsen en la mano, procurando que el marinero se fijase en la prenda. Pero Driscoll entendió mal su llanto y le pasó la botella de wisky por toda contestación.

Después, molesto por su aprensión de que algo marchaba mal, el fornido marinero apuró su vaso y ordenó a sus camaradas:

—Vamos todos a despedirle.

—Aun no habrá salido del puerto, Driscoll—propuso Scotty—. Vayamos al puerto.

—Bueno, pues bebed y marchémonos—dijo Cocky.

—Vamos allá, vamos allá—aceptó Driscoll.

No había apartado los ojos del tabernero, de manera que advirtió su preocupación. Mientras los demás se despedían de aquel granuja, reventando de paso cuantas sillas encontraban en su camino, Driscoll fingió seguirles, pero al llegar a la salida, regresó al tabernero.

—En fin, no quiero irme de aquí con resentimiento, amigo—anunció con peligrosa suavidad—. Puede que en otra ocasión me engañaras, pero aquello ya pasó y no hay que hablar más de ello.

—Gracias, amigo.

—Ahora vuelvo al mar y quiero ir en paz con todo el mundo. ¡Quién sabe si volveremos a vernos!... Es posible.

—Claro, claro.

—Entonces...

Disparó su terrible izquierda contra el rostro del tabernero. Este giró sobre sí mismo, resbaló contra el mostrador y cayó al suelo inerte. Driscoll sonrió con ferocidad y depositó un puñado de billetes en el mostrador. Poco más tarde se reunía con sus compañeros.

Nicky regresaba de realizar su hazaña, llevando como trofeo y parte de recompensa el loro de Olsen. Al encontrarse en la mitad de un pasaje, vió entrar por el otro extremo a los amigos del marinero secuestrado. Se detuvo aterrorizado y se apretó contra la pared, en un vano intento de hacerse invisible.

Scotty, en uno de los tumbos de la borrachera, chocó contra la pared y cayó al suelo, a un metro escaso de Nicky. Sus amigos le ayudaron a levantarse. En aquel preciso instante, el loro tuvo la ocurrencia de gritar:

—¡Ah del barco! ¡Ah del barco!

Todos reconocieron la voz del loro y saltaron a Nicky, que retrocedió ante aquellos energúmenos. Nicky quiso engañarles diciendo que él era

quien cantaba. Pero le preguntaron:

—¿Dónde está?

Nicky no tenía escape. Los marineros habían adivinado el engaño y le esperaba una paliza. De pronto todos se arrojaron sobre él. Hubo una corta lucha, que terminó al confesar Nicky:

—¡En el barco! ¡En ese barco!

Y señalaba al «Amintas».

Todos echaron a correr. Estaban retirando la pasarela del «Amintas». Davis arrastraba consigo al despavorido Nicky. Axel cogió la jaula con el loro y llegó al muelle cuando Driscoll ya se erguía en cubierta. Poco después todos estaban en ella.

Los tripulantes del «Amintas», entre ellos el oficial que había prometido aplastar las narices de Driscoll, salieron a su encuentro. El choque fué terrible...

El puño de Driscoll, percutiendo contra la barbilla del oficial, limpió el camino para sus amigos. La cubierta estaba llena de bidones de petróleo, que resonaban sordamente al recibir los cuerpos de los que caían. Driscoll, Scotty y Davis manejaban sus puños como arietes, dando y recibiendo golpes, sin preocuparse de pararlos.

Cocky y Axel se aproximaron al castillo de popa voceando el nombre de Olsen. El número de los combatientes aumentaba, pues los defensores del «Amintas» recibían constantes refuerzos de parte de los tripulantes.

Cocky, para ganar tiempo, guardó las espaldas de Axel con el valor de un fox-terrier. Segundos más tarde luchaba cuerpo a cuerpo con su contrincante.

Axel bajó la escalerilla del castillo de popa de un salto y entró en un camarote. Raspó una cerilla en una litera y a su débil claridad encontró a Olsen. Estaba sumido en un pesado sopor. Axel tuvo mucho trabajo en hacerlo poner en pie y en arrastrarle hasta cubierta, donde, con la ayuda de Cocky, logró hacerle llegar hasta la pasarela.

Driscoll y los suyos se batieron en retirada. Scotty machacó por última vez la cara de su enemigo y escapó. Davis no tardó en hacer lo mismo.

Pero Driscoll, al que el alcohol había puesto de un humor insolente, después de defender la huida de sus amigos, se detuvo en el borde de la pasarela, sin hacer caso de las voces que le llamaban, y cantó:

—¡Con viento hacia el sur!... ¡Con viento hacia el sur!

Nadie se atrevía a acercársele y él se reía de su cobardía, sin dejar de canturrear despreciativamente:

—¡Con viento hacia el sur!... ¡Con viento hacia el sur!

Uno de los marineros del «Amintas» cogió un pedazo de hierro y lo arrojó contra él. El proyectil improvisado le alcanzó en la barbilla. Driscoll se inclinó hacia adelante y se apoyó en uno de los barriles de petróleo cantando constantemente.

Miraba desafiador a sus enemigos.

Luego cayó de bruces al suelo. Algunos hombres le rodearon y pudieron oír que aún cantaba:

—¡Con viento hacia el sur!

Después perdió el sentido. El capitán del «Amintas» ya tenía el marinero fuerte que necesitaba. Lanzó un suspiro de satisfacción. Ya se encargaría él de amansar a aquella fiera durante la travesía.

—¡Ya está!... ¡Llevadle ahí dentro!

Dos marineros cogieron a Driscoll por los tobillos y lo arrastraron por la cubierta, sin preocuparse en evitar que su cabeza chocara contra los salientes del suelo.

Scotty y Davis llevaban al dormido Olsen hacia el barco que le conduciría a su patria. Esta era su única idea. Cocky y Axel procuraban que no cayesen al suelo a causa de su embriaguez, aunque tenían bastante trabajo en conservar el equilibrio. Axel empuñaba la jaula con el loro.

Axel, al llegar a un charco, patinó y rodó por el suelo. Miró hacia atrás y se levantó rápidamente. Driscoll no les seguía. Como respuesta a su pensamiento, retumbó en el puerto la sirena del «Amintas», que zarpaba en aquel instante.

Axel comprendió lo sucedido.

—¡Drisc!—murmuró.

... ...

Donkeyman, a la mañana siguiente, estaba sentado en la cubierta del «Glencairn». El viento hacía revolotear restos de papeles y basuras en aquella parte del muelle. Miró hacia éste y vió aparecer en la calleja, en dirección del barco, a Axel, Scotty y Davis, seguidos de otros hombres.

Caminaban desalentados, sucios, mostrando sus rostros las huellas de la noche pasada en tierra. Y se acercaron al «Glencairn» impelidos por la necesidad inexorable que les obligaba a alojarse en su seno: la de evitar la soledad.

Donkeyman se puso en pie y les dejó pasar en silencio. Pero al ver a Axel, no pudo dominar su curiosidad y le salió al encuentro.

—¿Dónde está Olley?

Axel levantó sus apagados ojos hacia Donkeyman y les respondió:

—Olley se fué a casa.

Axel se apartó de Donkeyman murmurando obsesionado:

—Sí... Olley se fué a casa, a Estocolmo.

Desfilaron algunos marineros más. Donkeyman los reconoció. Pero faltaba Driscoll entre sus amigos.

—¿Dónde está Drisc?—inquirió.

Axel meneó la cabeza con melancolía, que asustó a Donkeyman.

—¿Qué le ha pasado a Drisc, Axel?

Axel levantó la mano e hizo un gesto bajo hacia la proa del buque.

—Drisc va delante.

Aquello era incomprensible.

—¿Delante? ¿Dónde?

—En el «Aminta»... Embarcó en ese maldito buque...

Y se encaminó hacia el castillo de popa repitiendo como una cantinela fascinante:

—Drisc va delante, Drisc va delante...

Cocky se acercaba cabizbajo al vapor, entre dos gigantescos policías, que esperaron que subiera a bordo el pendenciero hombrecillo. Donkeyman notó que de sus labios colgaba una colilla y que daba muestras de haber peleado con alguien...

Pero no era aquello lo que preocupaba su mente. Donkeyman, a pesar de su reconocida filosofía, a pesar de haber visto tantas cosas raras en su vida, sintió un soplo helado, que le tensaba los nervios como cuerdas de guitarra a punto de romperse. Nuevamente la tragedia se había abatido sobre el «Glencairn»... ¿Sólo sobre el «Glencairn»? ¿Cuántos hombres de mar, cuántos marineros desaparecían a aquella hora como héroes desconocidos, sin pena ni gloria?

¡Driscoll!... Donkeyman se levantó de su amada silla de lona y fué hacia popa. Miró el periódico que sus manos inconscientemente estrujaban...

Se sobresaltó y, lanzando una ojeada a la cubierta, solitaria en aquel momento, procurando no ser visto, dejó caer el periódico a las sucias aguas del puerto.

Al posarse en el agua, el periódico se abrió mostrando grandes letras titulares:

«El «Aminta» torpedeado.»

¡Driscoll había muerto!... Pero sus amigos tardarían mucho en saberlo...

... ...

Y de este modo, hombres como Olsen van y vienen, y otros, como Driscoll, viven y mueren, y otros aun, como los Yank y los Smitty, dejan su recuerdo...

Y para los demás el largo viaje no termina nunca.

FIN

Editorial ALAS

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS — 2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gené Raymond
Héctor Pizarroosca	Gilda Cervi
Sepultada en vida	A. Nazzari
Detenemos del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagy
Melodía rota	Billy Birgel
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Ilona	Paula Wessely
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühmann

SERIE ALFA — 2'50 ptas.

Sabú, Tonmay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones Juan Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Peredo
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pilletes	Jacques Tavoli
Pygmalion	Leslie Howard
María Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	F. Barrtolomew
Tarzán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gunn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
La profesora millonaria	Gené Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Niger	Víctor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tamario	Mickey Rooney
Fruto dorado	Clark Gable
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ann Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras	Greta Garbo
Luna llena	Jean MacDonald
La hora radiante	Joan Crawford
Cuando alguien encuent.	Melvyn Douglas
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se disiente	Jean Arthur
Una mujer endiablada	Lupe Vélez
El club 400	George Murphy
La vuelta del zorro	Gordon Harker
El gran jefe	V. Mac Laglen
Cuando los hijos se van	Fernando Solar
Otra vez mía	Ronald Colman
La hermanita del mayordomo	Diana Durbin
Juventud ambiciosa	William Holden
El sospechoso	Charles Laughton
Matrimonio de inconveniencia	Diana Barrimore
Una chica afortunada	Jean Arthur
La dama del tren	Diana Durbin
Documento X 3	Isa Miranda
Zaza	Claudette Colbert
Olivia	Kath. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo zorro	John Carroll
Rutas infernales	John Wayne

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA.

Colección Jorge Negrete

Una creación de Editorial Atlas

CANCIONERO

Canciones mejicanas	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete	1'50 »
Jorge Negrete y Amanda Ledesma	1'50 »
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos	1'50 »

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas
Perjura
Biografía de Jorge Negrete «Genio y figura»
Enrique de Lagardere

3'50 Pesetas

3 pesetas